

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

DORADA SOMBRA DE LA MUERTE

Burton Hare



Bueno, amigos, pónganse cómodos y déjenme que les cuente algo sobre Afrodita.

Ustedes saben quién fue Afrodita, naturalmente. Aquella diosa, símbolo del amor sensual, que tuvo sus más y sus menos con una lista de dioses mayores y menores más larga que su brazo. Vulcano, Mercurio y Marte anduvieron de cabeza para hacer con ella lo que ella andaba pidiendo. Ésos como pequeño ejemplo.

Aunque quizá fuera más propio preguntarles si saben quién es Afrodita.

O, afinando mucho, aún resultaría más apropiado preguntarles si les gustaría acostarse con Afrodita.



Burton Hare

Dorada sombra de muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1447

ePub r1.0

Lds 13.12.18

Título original: *Dorada sombra de muerte*

Burton Hare, 1978

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Bueno, amigos, pónganse cómodos y déjenme que les cuente algo sobre Afrodita.

Ustedes saben quién fue Afrodita, naturalmente. Aquella diosa, símbolo del amor sensual, que tuvo sus más y sus menos con una lista de dioses mayores y menores más larga que su brazo. Vulcano, Mercurio y Marte anduvieron de cabeza para hacer con ella lo que ella andaba pidiendo. Ésos como pequeño ejemplo.

Aunque quizá fuera más propio preguntarles si saben quién es Afrodita.

O, afinando mucho, aún resultaría más apropiado preguntarles si les gustaría acostarse con Afrodita.

Porque eso era lo que me disponía a hacer yo esa noche de julio, mientras la escoltaba por un pasillo de mármol alfombrado, perfumado, acondicionado y condenadamente largo para mi impaciencia.

Ella caminaba a mi lado y les aseguro que era un encanto ver moverse todo lo que esa dama atesoraba.

Para decirlo con pocas palabras, era la octava maravilla del mundo electrizante, sensual y sin embargo inocente. Bueno, inocente si uno se limitaba a mirar su cara angelical, con esa inocencia que pudo tener Eva en el paraíso, si es que fue realmente inocente, cosa más que dudosa tratándose de una mujer.

A lo que íbamos: tenía «ésa» inocencia en la cara, pero era una cara sobre un cuerpo cuyas medidas vitales habrían hecho palidecer de envidia a todas las *misses* que en el mundo han sido. Un cuerpo que destilaba sexo por cada poro de su piel. Esa destilación producía el mismo efecto que siete tragos seguidos del mejor *bourbon*. Le dejaba a uno flotando.

Para colmo, esa noche llevaba uno de esos vestidos que parecen moldeados pulgada a pulgada sobre sus curvas gloriosas. Un vestido de *lamé* dorado sin espalda y sólo con media delantera.

Por supuesto que para mis intenciones, esa mitad delantera estaba de más, a pesar de que por ella se asomaban unos pechos cremosos y atrevidos, como impacientes por salir y ver lo que les rodeaba.

—Ya hemos llegado, Harry —dijo con aquella voz que era un ataque frontal a mi libido.

Tuve una visión confusa de una puerta con sólidos cuarterones y nada más. Mi atención se centraba en el suave balanceo de sus caderas y de lo que las seguía.

Entramos, ella cerró la puerta y dio las luces.

—Ya has cumplido —me dijo runruneando—. Me has traído a casa sana y salva.

—Pídeme que me vaya ahora y habrán de llamar a los bomberos.

—No te sulfures. Te obsequiaré un trago.

—¿De qué?

—¿Qué prefieres, Harry?

—¿Tienes afrodisíaco o algo así?

—Tengo *bourbon*.

—Me resignaré, sólo como anticipo.

Se fue moviendo el traserito hasta el otro extremo de la enorme estancia. Pude despegar los ojos de aquello que se movía antes que me quedara sin aliento y miré en torno.

Eso era una choza. Paredes acolchadas, cuadros de firmas caras, alfombras blancas tan espesas que uno se hundía hasta el tobillo. Y muebles delirantes que uno no sabía con certeza si estaban puestos cabeza abajo.

Y un diván.

Lo miré dos veces, porque a pesar de sus gigantescas dimensiones, por lo menos era un diván sin complejos. Estaba tapizado de azul cielo y se me ocurrió imaginar a Afrodita tendida sobre él, sólo con su cabellera rubia por todo vestido y por poco no salté hasta el techo.

Aún estaba peleando con mi imaginación cuando ella regresó armada con dos vasos generosos. Tomé uno y bebí como un

sediento. Igual podría haberme dado cicuta y no me hubiera enterado.

—Siéntate un momento, Harry, mientras te tomas el trago.

Señalaba el diván. Casi corrí hacia él, me senté y palmeé el terciopelo azul, junto a mí.

—Ven aquí —dije, esperanzado—, y háblame de ese embrollo de mañana.

—Puedo hablarte perfectamente desde donde estoy.

—Eso se llama sadismo.

Sonrió, pero se quedó dónde estaba, saboreando su bebida a pequeños sorbos, observándome por encima del borde del vaso con aquellos ojos que parecían burbujear con el fuego del infierno.

—Caray, Harry, me pones nerviosa mirándome todo el tiempo de ese modo hambriento —se quejó.

—Es que estoy realmente hambriento.

—Se supone que tu deber es velar por mi integridad personal. Sin embargo, empiezo a preguntarme si puedo considerarme segura cerca de ti.

—Desde luego, no.

Suspiró.

—Y te pagan por eso —dijo con amargura—. Alguien debe estar loco.

—¿Quién?

—Anderson, por contratarte...

—Bueno, encanto, si no fuera que eso iría contra mis principios, palabra que podría hacer ese trabajo gratis. O incluso dando dinero encima si me apuras. No sabes lo que experimenté ayer cuando entré por primera vez en ese antro tuyo, con todas esas nenas desnudas de un lado a otro.

—No van desnudas, Harry.

—Bueno, con esas mallas negras que las cubren del cuello a los pies. ¡Pero, hombre! Si esas cosas se pegan a su piel con tanto entusiasmo como me pegaría yo si pudiera.

Se echó a reír y apuró el vaso. Lo dejó sobre la mesita y me miró, como esperando que yo lo terminase también.

Lo terminé y abandoné el diván.

Ella susurró:

—Es hora de separarnos, Harry. Un beso de despedida y...

—La segunda parte me gusta. La primera habrá que discutirla después.

La atraje hacia mí. Seguía sonriendo, con aquella boca madura, fresca y roja. Bueno, me tragué su sonrisa cuando la besé.

Fue algo inesperado. Una especie de calambre de doscientos veinte voltios que me sacudió de arriba abajo. Besar a Afrodita era una experiencia nueva, como si antes de ese momento uno hubiera estado perdiendo el tiempo haciendo prácticas con figuras de cera.

Ardió, eso es lo que hizo. Ardió y su fuego se propagó por mi cuerpo en una llamarada. Luego, cuando el incendio comenzaba a amainar, sentí su lengua en mis labios, y luego en mis dientes, y las llamas debieron alcanzar algún barril de dinamita porque se produjo una suerte de explosión en alguna parte, y me sorprendí a mí mismo levantándola en brazos y depositándola de espaldas sobre el diván.

Ella aún tenía los brazos ceñidos en torno a mí, apretándome. Me dejé caer y aquel torbellino que giraba en mi boca hizo diabluras y yo me dispuse a cumplir mi obligación...

Entonces apartó la cara y respiró profundamente. Me empujó con suavidad y murmuró:

—Eres una especie de pulpo, Harry.

—¿Adónde crees que vas?

Se había levantado, escabulléndose del diván.

—¿Sabes lo que me costó este modelito, hombre de las cavernas? No quiero que me lo arruines con tus manazas.

—Ajá, me parece muy bien.

—Sírvete otro traguito. Vuelvo en un minuto.

—Sólo que tardes sesenta y un segundos me oirás gimotear.

Se fue y yo me serví otro *bourbon*. Descubrí sobresaltado que las manos me temblaban.

Entonces recordé algo. Uno no puede hacer cosas con una señora estando vestido, así que habría de quitarme algo. Eso podría crear una situación embarazosa, porque yo llevaba un «Colt» Cobra calibre 38, y les aseguro que es un arma más bien fea.

Desprendí la funda del cinto y lo guardé en un bolsillo de la chaqueta. Después dejé ésta en el respaldo de una butaca y volví a ocuparme del *bourbon*.

Le había dado justo dos envites cuando reapareció.

Y ríanse ustedes de la Afrodita mitológica.

Esta Afrodita que yo tenía delante era capaz de dejar en mantillas a la misma Venus rediviva.

Se había quitado aquella funda de *lamé* dorada, y en su lugar se había envuelto en una nube rosada que flotaba a su alrededor como mis ideas.

Vino hacia mí pausadamente. Vi cómo sus pies desnudos se hundían en la alfombra y me sorprendió, porque cualquiera hubiese pensado que flotaba en el aire.

—Harry, estás congestionado —comentó.

—Y se me han puesto los dientes largos.

—¿Sólo los dientes?

Llegó hasta mí y me quitó el vaso de las manos. Bebió un buen trago y no me lo devolvió. En lugar de eso lo abandonó en la mesita y dejó que la enlazara de nuevo entre mis brazos.

Su cuerpo se adaptó al mío. Y cuando digo que se adaptó quiero decir eso exactamente. Pareció como si se fundiera poco a poco, incrustándose en cada recoveco. Su pecho se aplastó contra el mío, y presionaba como punta de puñal.

Suspiró, y dijo entre dientes:

—Como estás, Harry..., cómo estás...

—¿Es una pregunta?

—Es una constatación. Casi me haces daño.

Volví a besar su boca. Era como sumergirse en una laguna de aguas tibias y perfumadas, y sus labios devolvían cada caricia multiplicada por dos.

Pasé las manos a lo largo de ella, arrastrando la nube y descubriendo al fin la gloria increíble de su cuerpo. Lo sentí estremecerse en las palmas de mis manos, terso, tibio y palpitante.

La aparté lo justo para verla. Todo lo que llevaba encima eran sus cabellos dorados.

Tenía un vientre terso y liso, y unos muslos apretados y ansiosos.

Al fin la tomé en brazos, levantándola del suelo.

Con voz susurrante dijo:

—Mañana estaré horrible. Apuesto que tendré ojeras, estaré macilenta y las cámaras de televisión transmitirán una imagen lastimosa.

—Tú no podrías tener aspecto lastimoso ni que te lo propusieras...

Llegamos al diván, y cuando me disponía a soltarla sobre él ella se aferró a mi cuello y sugirió:

—Aquí no, Harry. En mi dormitorio rosa.

—¿En tu qué?

—Mi dormitorio. Es todo rosa y blanco.

—¿Y dónde está ese Edén?

—Ahí... al otro lado del diván... esa puerta blanca.

Caminé como en sueños, con ella en brazos. Imaginé una gran cama blanca y rosa, y ella tendida en el centro. Me entraron unas prisas endiabladas por llegar. Abrí casi a puntapiés. Ella musitó:

—La luz... a tu izquierda.

Tanteé la pared, encendí la luz y di un paso al frente.

Sólo que me detuve en seco.

Realmente, el dormitorio era rosa y blanco.

Pero también era rojo.

¡Cristo!

La sangre es roja, y había sangre por todas partes, y algo parecido a un cuerpo humano esparcido por toda la cama.

Afrodita empezó a chillar, entonces. Fue más bien un aullido de bestia herida. Brincó entre mis brazos, aún aullando. Trató de retroceder a trompicones y, finalmente, se desmayó.

Eso salí ganando porque sus alaridos estaban poniéndome los pelos de punta.

Me obligué a mirar aquella carnicería que se desparramaba por el lecho. ¡Cuernos! Habían hecho un buen trabajo, ya lo creo. Sólo les faltó separarle los miembros del cuerpo y ponerlos a secar al sol.

Pisé con cautela la alfombra, para no chapotear en la sangre, y eché un vistazo al fiambre desde más cerca. Había sido un hombre como de cuarenta años, y tal vez antes de ese trabajito de cuchillo fuera un individuo incluso bien parecido. Ahora daba náuseas.

Estaba completamente desnudo, y al parecer el artífice cuchillero se había tomado mucho tiempo para acabar con él. Le di la espalda y examiné el espacioso dormitorio. Había un montón de ropas tiradas en un rincón.

Eran tuyas, claro. Busqué en los bolsillos.

El tipo se llamaba Dudley Mields, tenía cuarenta y dos años y

era de profesión fotógrafo. Había varias tarjetas de crédito, una licencia de conducir y la credencial de un club privado.

También había un buen fajo de billetes, un paquete de cigarrillos, cerillas, llaves y monedas sueltas.

Lo dejé todo donde lo encontrara, regresé a la puerta y levanté el cuerpo desmadejado de la hermosa Afrodita.

Esta vez la deposité encima del diván, pero en lugar de echarme con ella atrapé el teléfono y llamé a la policía.

De modo que por esa noche, mi sesión de amor más o menos mitológico se fue al demonio y en lugar de acostarme con la bella Afrodita tuve que vérmelas tiesas con el teniente Boglio.

CAPÍTULO II

—¡Maldita sea, Harry, no me tomes el pelo! ¿Qué demonio de nombre es éste?

—Afrodita —dije.

Boglio estaba congestionado. La visión del cadáver despanzurrado en el dormitorio rosa y blanco le había descompuesto.

—Las mujeres no se llaman así hoy día —replicó.

—Ella tampoco.

La presión le subió algunos grados.

—Se llama June Allessios —añadí para calmarle—. Afrodita es su..., ¿cómo diría? Su marca de fábrica, su *nom de guerre*.

Miró hacia la habitación donde el médico atendía a la bellísima propietaria del apartamento.

Y de pronto cayó en la cuenta y resopló.

—¿Quieres decir que tiene algo que ver con la cadena Afrodita's?

—Gruñó.

—Es la propietaria. Y para el negocio, ella se hace llamar Afrodita.

—Ya veo. Pudiste empezar por ahí. Ahora dime a qué se debe que tú estuvieses presente cuando tropezó con el tieso.

—Ella tiene un jefe de relaciones públicas, o algo así, llamado Frank Anderson. Me contrató ayer para que protegiera a June Allessios y a sus muchachas: Alguien las había amenazado.

—¿Quién?

—Al parecer, Eddie Fich.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—Fich, ¿eh? Imagino que se trata de «protección».

—Esta vez no. Quiere una tajada mayor. Socio al cincuenta por ciento sin inversión de capital. Una especie de socio industrial, para llamarlo de alguna manera.

—Ya veo...

—Así que esta noche escolté a la dama hasta aquí. Bebimos unos tragos antes de dejarla, y cuando ya me iba ella encontró eso ahí dentro.

—¿Sabes quién era el tipo, y qué relación tenía con tu Afrodita?

—Sé lo que vi en sus documentos. Ignoro la clase de relación que pudiera tener con ella porque no tuve oportunidad de preguntárselo. Se desmayó, chillando como una loca, y hasta ahora.

—Sí que eres una gran ayuda...

Se fue a discutir con los peritos que estaban sudando tinta con sus cámaras y artefactos, buscando huellas. Encendí un cigarrillo y esperé que el médico saliera de la habitación donde habíamos instalado a June.

Cuando apareció le hice una pregunta y replicó:

—Esa mujer no está en condiciones de ser molestada, Clark. Lo mismo le diré al teniente. Ha sufrido un tremendo *shock* y necesita descanso.

—¿Le ha administrado sedantes?

—Naturalmente.

Me dejó parado allí y se largó refunfuñando a ocuparse de su cliente principal, el fiambre del dormitorio rosa y blanco.

Así estaban las cosas, de modo que yo no tenía nada que hacer allí. Me despedí del teniente Boglio y salí a la noche con una profunda sensación de fracaso. Lo que pudo haber sido el sueño delirante de cualquier mortal se había convertido en un chasco.

Conduje el coche hacia mi cueva y seguí pensando en Afrodita.

Claro que las cosas no habían sido tan sencillas como se las expuse a Boglio. Ninguna mujer admite a un hombre en su cama a las primeras de cambio.

Cierto que Frank Anderson me contrató el día anterior.

Fue justo cuando empecé a pensar que ése era un trabajo para hacerlo incluso gratis.

Anderson me pidió que fuera a verle a su oficina del edificio Afrodita's,

en Sunset. El tal edificio era un bloque de cemento y acero

impresionante, sin una maldita ventana en todo lo que alcanzaba la vista. Una fachada colosal sobre la que campeaban las letras del nombre, gigantescas, respaldadas por la silueta de una mujer desnuda. La silueta era tan perfecta que muy bien podía ser una réplica de June Alessios.

Había una gran entrada al final de una marquesina color café con un ribete dorado. Las puertas de cristal se deslizaron cuando me aproximé a ellas y al otro lado tuve la primera experiencia de lo que, de entonces en adelante, iba a ser el paisaje habitual a mi alrededor.

Se trataba de una pelirroja de cutis suave y lechoso, ojos enormes y una boca que insinuaba una especie de diálogo que no lo enseñan en las escuelas.

Llevaba una malla negra cubriéndola del cuello a los pies y se apretaba tanto contra sus rotundas curvas que debían haberla metido dentro por medio de algún aparato de alta presión.

Sus muslos pletóricos y largas piernas tenían un atractivo superior a como se habrían visto desnudos. Pero donde aquella cosa negra hacía milagros era en el busto. Allí se demostraba que el tejido aquel hubiera podido servir perfectamente para tela de paracaídas, por ejemplo, porque parecía increíble que pudiera resistir la bárbara presión de unos pechos altos y agudos, cuyos pezones martirizaban la malla casi atravesándola.

Debí quedar boquiabierto mirándola, porque hizo un mohín y runruneó:

—Lo siento, nada de esto está en venta, caballero. Éste es un instituto solo para señoras.

—¿Quiere decir que a las señoras les vende algo de todo eso que lleva encima?

—Lo he pensado alguna vez —rió suavemente—. Una experiencia fascinante si he de creer lo que oigo decir. Y ahora, ¿le importaría decirme qué desea? Porque, amigo, usted no necesita que le retoquen la figura. Es todo un tipo.

—Uno ochenta y nueve y ochenta kilos de peso. ¿Cree que usted podría hacer algo con todo eso?

—Mucho. Podría moldear alguna cosa, para empezar...

Estaba riéndose, claro. Sentí que me faltaba aire y dije apresuradamente:

—Busco a alguien llamado Anderson. Está esperándome.

Enarcó sus hermosas cejas y sacudió la cabeza con verdadera pena.

—Un tipo como usted... Las sorpresas que se lleva una en este oficio. De modo que a Anderson, ¿eh?

—Ajá.

—Yo soy Giselle. Lamento haber perdido tanto tiempo con un... uh...

—Oiga, estoy confundido. ¿Puedo ver a ese Anderson o no?

Levantó un brazo, estiró un dedo rígido y señaló a un lado.

—Al fondo —dijo—, una puerta rosa.

—Rosa, ¿eh?

—Es su color predilecto.

Me dio la espalda y se alejó hacia su puesto de recepcionista. Verla de espaldas también era todo un espectáculo, porque al andar se movía toda ella con una armonía que sólo se rompía en cierto modo en su parte media. Allí el movimiento oscilatorio no tenía nada de armónico.

Recorrí el pasillo como si flotara. Aquella nena había confundido mis ideas. Así llegué a la puerta rosa y llamé con los nudillos y una voz atiplada dijo:

—¡Entre!

Era un despacho como para tomarlo en consideración.

Para empezar, las paredes estaban tapizadas de raso azul, y una alfombra de un rosa pálido cubría todo el suelo. Una mesa de palisandro grande como un dormitorio normal ocupaba parte de un ángulo. Había tres o cuatro butacas aplastadas contra la alfombra.

Y no había una sola ventana, claro.

Ni un cuadro que rompiera el mar azul de las paredes.

El hombre que me miraba desde el otro lado de la mesa cacareó:

—Venga aquí, no me haga perder tiempo. Ya sé que es impresionante, original, delirante y todo eso. Como que es creación mía.

—¿Es usted Frank Anderson?

—Sí, sí —chilló, impaciente.

Caminé como media milla hasta la mesa. Entonces pude ver de cerca al señor Anderson y algunas de las palabras cabalísticas de la pelirroja se aclararon por sí solas.

Este Anderson llevaba las cejas finamente depiladas y dibujadas con un trazo perfecto. Sus mejillas eran tan suaves como pétalos de margarita y sus largas pestañas, que aleteaban continuamente, no podían ser obra de la madre naturaleza.

Estuvo mirándome fijo de arriba abajo, abanicando las pestañas. Estuve tentado de mostrarle mi dentadura para el caso de que quisiera calcularme la edad también.

—Me llamo Clark —dije—. Harry Clark. Usted me pidió que viniera.

—Por supuesto, sí, lo recuerdo... este... siéntese, por favor. Quiero contratar sus servicios, señor Clark.

—¿En calidad de qué? —pregunté, escamado.

—Bueno, le diré. Las chicas necesitan un hombre. Especialmente Afrodita.

Le miré boquiabierto.

—¿Esa pelirroja de ahí fuera es una de esas chicas?

—Naturalmente. Hay otras nueve como ella.

—Y necesitan... —Me quedé sin aliento sólo de pensarlo— un hombre. ¿Es eso lo que dijo, señor Anderson?

Frunció el ceño. Comprendió y no pudo evitar una mueca de repugnancia.

—¡Uf! —soltó—. Lo que ha imaginado usted. No necesitan un hombre «para eso», sino para su protección. Tiene usted una mente lasciva, señor Clark.

—Y usted adivina el pensamiento... O no —rectifiqué.

—Pende una amenaza sobre Afrodita y sus chicas. Por eso quiero que un hombre experimentado las proteja hasta poder resolver la situación de un modo o de otro.

—Tal vez si empezase usted por el principio podría enterarme de lo que se espera realmente que yo haga.

Su mirada dijo a las claras que empezaba a dudar de mi intelecto.

—Pero si acabo de decírselo. Ellas necesitan a alguien que les evite cualquier percance.

—Vayamos por partes. ¿Qué clase de percance? Porque nadie puede proteger a una mujer si ella se empeña en no ser protegida.

Suspiró y de nuevo las pestañas sedosas hicieron maravillas.

—Usted no comprende nada, Clark. La amenaza es real, física.

Pueden atentar contra cualquiera de ellas, especialmente contra Afrodita.

—¿Quién?

—Supongo que un pandillero llamado Fich.

Sentí un repeluzno en la espina dorsal.

—¿Eddie Fich?

—El mismo. ¿Qué le pasa, Clark? Se ha puesto pálido.

—Algo me sentó mal. ¿Qué tiene que ver Fich con esa Afrodita y las demás chicas?

—Quiere intervenir en el negocio. En realidad, le ha propuesto a Afrodita asociarse con ella al cincuenta por ciento.

—¿Y dónde está el problema? Si aporta el capital...

—¡Nada de capital! ¿Es que no entiende o qué? Quiere asociarse sin aportar un centavo. Lo que en realidad persigue es embolsarse la mitad de los beneficios a cambio de nada y bajo terribles amenazas.

—Ya veo.

Suspiró profundamente.

—Ya era hora —susurró—. ¿Cree que podrá ayudarnos?

—No veo cómo. Usted dice que hay nueve... No, diez chicas en el negocio, además de Afrodita. ¿Cómo puedo custodiar a todo ese rebaño?

Hizo una mueca de disgusto.

—Eso es trabajo suyo, pero de quien debe ocuparse primordialmente es de Afrodita. Fich la amenazó a ella por teléfono.

Lo pensé un poco. No me seducía la cosa.

—Oiga, señor Anderson —dije—, si esa amenaza ha tenido lugar, ¿por qué no acuden a la policía? A mi modo de ver sería lo más lógico. Ellos saben quién es Fich, y el noventa y nueve por ciento de los policías de toda la Costa darían su mano derecha por echarle el guante.

—Eso es lo malo precisamente. Que a pesar de tanto empeño no han podido detenerle nunca. ¿Cree con sinceridad que lo harían ahora?

Ahí me había pillado.

Aún añadió:

—Suponga que atentan contra Afrodita. Incluso imagine que la maten. ¿Cómo probamos que Fich es el responsable? Es más, ¿cómo probamos siquiera que nos ha amenazado?

—Todo eso está muy bien, y usted tiene razón. Pero no veo cómo puedo hacerle desistir de su propósito. No esperará que vaya al encuentro de Fich y le pegue dos tiros sin más, ¿eh?

Me miró esperanzado.

—Eso sería una gran cosa —jadeó—. ¿Lo haría usted?

Sacudí la cabeza.

—Soy detective privado, no asesino profesional, amigo.

—Claro, fue una pregunta idiota. Pero si él le atacase usted estaría en su derecho al defenderse, ¿no es cierto?

—Amigo, usted ha leído demasiadas novelas policíacas. Los tiempos de los gangsters pasaron a la historia. Ahora los bandidos no actúan de esta forma. Tienen grandes despachos, se codean con la alta sociedad y hacen obras benéficas. Y los que conservan la mala entraña fabrican armas para que se maten los demás, pero no van por ahí tiroteando a pobres detectives privados.

—Con toda esta parrafada no me ha dicho si acepta el trabajo o no.

No iba a aceptarlo, por supuesto. Siempre tuve a gala conservar la cabeza sobre los hombros.

De modo que iba a decirle que no cuando se abrió la puerta y apareció Afrodita.

Anderson abanicó sus pestañas y se levantó.

—Hola, querida —runruneó—. Éste es Clark, el detective de quien te hablé.

Ella avanzó. ¡Y de qué modo! Ver moverse a aquella dama era capaz de alterar el ritmo cardíaco de un elefante.

El mío lo alteró de tal modo que empecé a flotar en el espacio. Por lo menos, pienso que debí flotar porque de pronto me encontré de pie, mirándola fascinado y dispuesto a pelear contra Fich en persona.

Sólo que nadie podía pelear con Fich en persona sin partirse los cuernos antes con sus quince o veinte pandilleros.

Afrodita llegó hasta mí, me miró de arriba abajo con calma, sin prisas. Supongo que calculaba el tiempo que un tipo como yo podría durarle en un combate sobre la cama.

De pronto alargó la mano y sonrió.

Aquella sonrisa era capaz de derretir un iceberg y a mí me hizo polvo.

—Me alegro mucho de que se haga cargo de nuestra seguridad, Clark.

—Yo también —balbuceé.

Y estuve perdido.

Anderson dijo algo, pero no entendí una palabra. Ella seguía mirándome, y sonriendo, y respirando. Sobre todo, respirando. Sus pechos delataban que respiraba y uno quedaba hipnotizado siguiendo el ritmo de sus aspiraciones y expiraciones. Sobre todo, de sus aspiraciones.

—Me llamo June —runruneó con una voz como una suave caricia—. June Allessios, aunque para el negocio soy Afrodita.

—Y fuera del negocio también.

—¿Cómo dice?

—Olvidelo.

Amplió su sonrisa y desvió la mirada hacia el delicado espécimen de la mesa.

—¿Le pusiste en antecedentes, Frankie? —preguntó.

—Le dije todo lo que debía saber. Ahora imagino que deberás ponerte de acuerdo con él respecto de la manera como podrá garantizar tu seguridad.

—No sólo la mía, Clark —dijo, devolviendo su mirada hacia mí—. Las chicas deben quedar también bajo su manto protector.

—Diez chicas —dijo con un hilo de voz.

—Exactamente. Se las presentaré.

Volví a la realidad bruscamente. Cuando uno comete una estupidez, por regla general se da cuenta demasiado tarde.

Y era demasiado tarde.

—Espere un minuto —exclamé luchando por salir a flote—. ¿Cómo se espera que pueda mantener controladas a once mujeres a la vez?

—¿Cómo puedo saberlo? Pienso que para usted será una experiencia fascinante, ¿no lo cree así?

Su sonrisa estaba destruyéndome poco a poco, y la mirada de sus ojos me quemaba tan deprisa que no me habría sorprendido ver salir humo de mis orejas. Me miraba como si yo fuera su amante predilecto, el de las fiestas. Con una mirada así no le permitirían entrar en Los Álamos por temor a que fusionara la pila atómica.

—Venga conmigo —ordenó alargándome la mano—. Le llevaré a

los dominios de sus protegidas.

Su piel en la mía estuvo a punto de que fusionara otra cosa que no tenía nada que ver con el átomo. Me dejé llevar como un corderito. ¡Cualquiera no!

Me llevó fuera del delirante despacho de aquella dulce margarita llamada Anderson y después siguió guiándome por su reino.

Cuando abrió una puerta blanca y entramos me soltó la mano y dijo:

—Ahí están.

Ahí estaban.

¡Dios! ¿Cuántas mujeres había allí dentro?

Tal vez yo estuviera aún bajo el hechizo de Afrodita, y viera mujeres hasta colgadas de las lámparas, pero por lo menos veinte o treinta damas se movían aquí y allá. Algunas no llevaban más que un reducido bikini. Otras estaban atrapadas en aparatos de tortura que las sacudían, doblaban, azotaban, masajeaban y amasaban hasta arrancarles la carne a puñados.

Otras llevaban unos leotardos negros como el que ya viera a mi llegada. Y, amigo, éstas merecían capítulo aparte.

Afrodita me había aturdido como un mazazo, pero si uno lograba controlarse y pensar con calma, se daba cuenta de que toda aquella colección de nenas enfundadas en negro podían competir con su jefa y no harían un mal papel.

Oí que Afrodita decía algo.

—¿Cómo? —dije, boqueando.

—Mis chicas son las vestidas de negro. Todas las demás son clientas. No interesan para su trabajo.

—No, por supuesto. Ya sería excesivo. De modo que las vestidas de negro, ¿eh?

—¿No le gustan?

Tragué saliva y la miré. Sus ojos eran dos profundos lagos azules en los que un tipo impresionable hubiera podido hundirse sin pensar siquiera en respirar.

Y yo soy un tipo impresionable.

Hizo una seña y las nenas vestidas —¿vestidas?— de negro se aproximaron una tras otra, abandonando a sus víctimas que se desintegraran solas.

—Ésta es Mary —señaló a una morena despampanante y luego a

una pelirroja—. Ésta se llama Jo y ésta de nariz respingona es Melinda...

Siguió pronunciando nombres pero ya no me enteré. Todas tenían amplias sonrisas, amplias caderas y prietos muslos. Y unos bustos que le volvían a uno estrábico intentando abarcarlos todos a la vez con la mirada.

Luego, Afrodita anunció:

—Chicas, éste es Clark, detective privado. Va a ocuparse de que nada nos suceda.

Empezaron a alargar sus manitas y me encontré debatiéndome desesperadamente como si hubiera sido atrapado por un pulpo gigante. Las oí reír y hacer comentarios que no pude entender.

Afrodita las dejó divertirse un minuto más y luego ordenó que volvieran a su trabajo. Eso me salvó de una dulce muerte.

—Les ha caído usted bien, Clark —runruneó—. Pollo general no se muestran nunca tan efusivas.

—¿De veras? La próxima vez, envíelas de una a una o la acusarán de mi muerte repentina. Estas cosas se avisan, ¿sabe?

Estuvo riéndose mientras me sacaba de aquel antro perfumado.

Una vez fuera dijo:

—Las reuniré cuando termine la jornada de trabajo, a las cinco. Usted deberá estar aquí para instruir las. Luego me acompañará a cenar y a una pequeña reunión donde daremos los últimos toques al espectáculo de mañana.

—¿Qué espectáculo?

—Una toma de televisión. Acudirán algunas figuras de la canción y del cine, y, por supuesto, las chicas y yo misma. Servirá de reclamo para la apertura de mis nuevas sucursales.

—Ya veo. ¿Y después?

—Cuando terminemos me escoltará hasta mi apartamento y su jornada de trabajo también habrá terminado.

En aquel momento lo acepté así. Luego, cuando el programa se fue desarrollando, empecé a albergar otras ideas, de modo que cuando su reunión de negocios hubo acabado yo estaba decidido a que mi jornada laboral junto a Afrodita durase, por lo menos, hasta el alba.

Ya saben cómo terminó.

CAPÍTULO III

Encontré al teniente Boglio en su oficina, envuelto en humo de su maldito cigarro puro y papeles a partes iguales.

Cuando me vio encajó las mandíbulas y por poco no partió el cigarro por la mitad.

—Eres lo único que me faltaba esta mañana —soltó con cara torva—. Tú y tu Afrodita... ¿Te acostaste con ella por lo menos?

—Yo no hago eso con mis clientes —protesté con dignidad.

—Será si no te dejan... ¿A qué has venido?

—Bueno, anoche te dije algo respecto a las intenciones de Eddie Fich. ¿Qué hay con ése alacrán?

—Nada.

—Eso es muy poco.

—No es nada. Sabemos que es el hijo de perra más grande de toda la Costa. Sabemos que todo negocio sucio que se ventila lleva su marchamo y a pesar de eso no podemos echarle el guante. Y te diré más, amiguito. Pregunta a cualquier policía desde la frontera hasta el Canadá y te dirán lo mismo que yo, o sea, que ojalá estuviera vigente la pena de muerte y uno pudiera llevarle a la cámara de gas de San Quintín.

—Magnífico.

Me miró entre el humo, escamado.

—¿Qué encuentras magnífico?

—Tu confesión de impotencia. Habla muy alto de las instituciones policíacas del país.

—Otro sarcasmo y te echo a puntapiés. Tú fuiste policía el tiempo suficiente para saber cómo son estas cosas.

—Seguro, y ésta es una de las razones por las que ya no soy policía.

Pensó sobre eso un buen rato. En vista de que no decía nada le espeté:

—¿Crees que el trabajito de cuchillo que vimos anoche fue obra de un emisario de Fich?

—No.

—Pareces muy seguro.

—Claro. Tenemos al tipejo que lo hizo.

Pegué un brinco y él se repantigó en su sillón, regodeándose ante mi asombro.

—Así te tragues ese apestoso cigarro —dije cordialmente—. Pudiste empezar por aquí.

—Esperaba que lo preguntaras.

—¿Quién es? Y dime también cómo pudiste echarle el guante tan pronto.

—No le eché el guante. Lo trajeron al amanecer. Tieso.

—¿Qué?

—Tenía un bonito agujero en la cabeza. Un trabajo limpio si los hay.

La cabeza empezó a darme vueltas.

—¿Quieres decir que se lo cargaron?

—Eso es exactamente lo que quise decir. Lo encontraron sentado en un coche de alquiler, como si durmiera. Sólo que dormía el sueño eterno.

—¿Quién lo encontró?

—Los muchachos de un auto-patrulla, cerca de la entrada al parque MacArthur. Le habían disparado a bocajarro con una pistola de pequeño calibre. La bala hizo migas el cerebro. Si te interesa, el tipo se llamaba David Jeffries y era un embrutecido consumidor de heroína.

—Algo de eso suena mal, Boglio. Demasiado fácil y rápido. ¿Cómo puedes saber que es nuestro cuchillero? Porque imagino que no llevaría una confesión escrita en el bolsillo, ni recibiste una amable llamada anónima diciéndote quién era ni nada de eso. ¿O sí?

Sacudió la cabeza con resignación.

—No entiendes nada. Ese Jeffries conserva el cuchillo con el que hizo la carnicería. Y manchas de sangre en las ropas. Tanto en ellas como en el cuchillo había muestras suficientes para que los chicos

del laboratorio pudieran comprobar que pertenecían al muerto que encontraste anoche.

—Ya veo.

Expelió otra nube de gases asfixiantes y añadió:

—Hay otra cosa. El fulano que lo despachó le dejó limpio, aunque imagino que cuando vio el cuchillo ensangrentado debió salir de estampida, porque incluso olvidó cerrar la portezuela del coche. Eso fue lo que llamó la atención de los patrulleros.

—Así que le robaron...

—Todo lo que pudiera llevar de valor, si es que llevaba algo.

—Ahora dime que te has tragado la historia y empezaré a pensar que ese veneno que fumas te ha derretido los sesos.

Sonrió de dientes afuera, sin quitarse el puro de la boca.

—¿Qué quieres decir?

—¡Maldita sea, hombre! Es demasiado fácil, demasiado amañado. No puede tratarse de un simple robo. Los asaltantes de coches no matan sin más ni más.

—Han habido casos...

—¡Con un demonio! Alguien le encargó a ese degenerado que matara al pobre tipo del dormitorio. Luego, cuando fue a cobrar por su trabajo, recibió un tiro y asunto liquidado. No hay mejor testigo de un crimen que un testigo muerto desde el punto de vista de un criminal.

Siguió mirándome repantigado en su sillón, pero no hizo ningún comentario.

Estaba poniéndose nervioso.

—Bueno, di algo, no te quedes ahí como un gran Buda satisfecho.

Sacudió la cabeza.

—Lo malo que tienes —dijo—, es que te gusta retorcer las cosas, complicarlas hasta convertir el caso más sencillo en una trama de Sherlock Holmes.

—Éste no es un caso sencillo.

—Puede que no. Y ya que no lo preguntas, te diré que tengo a la mitad de mis hombres buscando una conexión entre ese difunto Jeffries y Eddie Fich.

—Ahora has dicho algo —suspiré, aliviado—. Aunque dudo que el gran bastardo pueda ser atrapado por una cosa así. Fich es un

hijo de mala madre, pero no un tonto.

—Ya lo sé, y no abrigo muchas esperanzas al respecto, pero había que intentarlo. Lo cierto es que no se comete un crimen, del tipo que sea, que los policías no intentemos achacárselo a Fich. Algún día la flauta sonará por casualidad y nos daremos el gustazo de ponerle donde debe estar.

—Pero mientras llega ese día yo tengo un buen problema entre manos. Proteger a toda esa camada de nenas, con Afrodita a la cabeza. ¿Tienes alguna sugerencia, teniente?

—Eso es asunto tuyo. Sin embargo, te diré algo: has cometido la idiotez más grande de tu vida al aceptar este trabajo. Nadie puede garantizar la seguridad de once mujeres ni siquiera cuando ellas lo desean.

—Ya sé que hice el idiota, no necesitas recordármelo, pero me vi atrapado casi sin darme cuenta. Esa Afrodita tiene algo, ¿sabes? Me confundió.

—Eso sí lo creo.

—De todos modos, Boglio, si Fich le toca aunque sólo sea el cabello a una de ellas le haré pedazos.

Me miró especulativamente, con el ceño fruncido y una aureola de humo envolviéndose la cabeza.

—De modo que te ha «confundido» hasta ese extremo, ¿eh? —cacareó—. Ya puedes encargar tu funeral, Harry. Si te sirve de consuelo, te doy mi palabra de perseguir a Fich hasta el mismo infierno, después.

—¿Después de qué?

—De que te haya liquidado.

Lo pensé un poco. Puede que yo estuviera algo confundido, pero aún podía pensar con cierto sentido común.

—Te agradecería que le persiguieras «antes» —dije con entusiasmo—. De cualquier manera que sea, Boglio, mantendré a Fich y sus esbirros lejos de ese rebaño de nenas.

—No veo que te des mucha prisa. Desde aquí no vas a protegerlas, digo yo.

—Ahora están en el instituto. Terminaron una grabación publicitaria para la televisión y están todas allí, bien arropadas con sus mallas negras.

—¿Con sus qué?

—Mallas negras. Deberías verlas, Boglio. Apuesto que después no volvías a mirar a tu mujer por temor a las comparaciones.

Hizo una mueca.

—Deja a mi mujer fuera de tus líos sexuales —gruñó.

No pudo decir más porque el teléfono sonó y hubo de atenderlo. Escuchó un instante y alargándose el auricular bufó:

—Ya te tomas la libertad de instalarte aquí y todo, maldita sea tu estampa. Es para ti.

—Dejé dicho al servicio de recados que si había alguna llamada estaría en tu despacho hasta las doce más o menos.

Me llevé el auricular al oído. La voz cristalina de la telefonista dijo:

—¿Señor Clark?

—Olvídate de la etiqueta, primor. No hay nadie escuchándote más que yo.

—Entonces debería llamarte sinvergüenza —dijo la nena del teléfono—. Hace dos días que...

—Si han pasado dos días pueden pasar unos minutos más. ¿Qué recado tienes para mí?

—Llamada de

Afroditas,

central de Sunset. Urgente. Debes ir allí cuanto antes. He creído entender que han matado a alguien o algo así. El tipo que hablaba parecía histérico hasta el punto de que no sé si era un hombre o una mujer.

Pegué un salto, agarrado al auricular.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Apenas cinco minutos.

—Gracias, linda. Nos veremos.

Colgué, ahogando sus protestas. Boglio me miraba acusadoramente.

—Tienes líos hasta con las telefonistas. Eres un pervertido, Harry. Deberías...

—Han matado a alguien.

—¿Qué?

Pegó tal brinco que su sillón salió disparado hacia atrás.

—Eso entendí.

Yo ya estaba junto a la puerta. El trotó detrás de mí resoplando

y gruñendo y así descendimos las escaleras. Por el camino dio instrucciones de que se mantuviera un coche en estado de alerta, con sus especialistas.

Después de eso salimos disparados en mi coche, y por una vez lamenté no llevarlo equipado con sirena y faro destellante.

CAPÍTULO IV

Los alrededores del delirante edificio sin ventanas aparecían tranquilos, sin ningún movimiento que delatara un suceso del calibre de un asesinato.

Boglio saltó del coche y refunfuñó:

—Alguien te ha tomado el pelo, Harry.

—Ojalá, porque si han matado a alguna de las chicas alguien lamentará haber nacido.

Las puertas de cristal se deslizaron al aproximarnos a ellas. Giselle, enfundada en su malla negra, nos sonrió con cautela.

—Hola, preciosa —dije—. ¿Quién ha estado llamándome hace poco?

—No lo sé. Quizá el señor Anderson, desde su oficina.

Miré a Boglio, desconcertado. El también estaba sombrío.

—¿No ha ocurrido nada aquí, no hubo ninguna alteración de la rutina? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Que yo sepa, rió. Oiga, lamento lo que le dije cuando vino la primera vez, ¿sabe? No debiera haberlo confundido..., no con un tipo como el suyo, señor Clark.

—Olvídelo Pero cuando tenga un poco de tiempo libre le pediré explicaciones.

Estuvo sonriéndonos hasta que nos internamos por el pasillo. Boglio quiso saber:

—¿Esa chica con las mallas negras es una de tus once protegidas?

—Ajá.

—Ahora comprendo lo que quisiste decir...

Llamé a la puerta rosa. Anderson la abrió cuando apenas hube

retirado el puño. Estaba lívido y sus largas pestañas aleteaban como alas de una mariposa atrapada en la red.

—¡Al fin! —Cloqueó—. Creí que no iba a llegar usted nunca... ¿Quién es ese hombre? —exclamó de pronto, señalando al teniente Boglio.

Se lo presenté y no pude saber si le gustaba verlo allí o no. De todos modos no le dejé mucho tiempo para pensarlo.

—¿Qué es lo que pasa? La telefonista dijo que habían matado a alguien. ¿A quién?

—A Betty.

—¿Alguna de las chicas que me presentó Afrodita?

—¿Cómo? Oh, no... eso no. Betty Reeles era la encargada general de nuestro instituto en San Diego.

—Ya veo. Eso explica que no hayan llamado a la policía aquí.

—¡Es algo horripilante, Clark, horripilante! —Casi se echó a llorar, pero pudo contenerse a tiempo, supongo que por temor a estropear el maquillaje—. Debe usted acabar con esta situación como sea. ¿Entiende? ¡Como sea!

—Tómelo con calma. ¿Qué es lo que usted sabe de esa muerte exactamente?

—Sólo eso..., que está muerta. De un tiro.

—No es mucho, ¿eh?

—¿Y qué quiere? Cuando oí esa cosa terrible por teléfono casi me desmayé.

—Lo creo. ¿Ha informado a June?

—Todavía no. No sé cómo decírselo...

—Ése es problema suyo. ¿Ha habido algún otro contacto con Eddie Fich?

Sacudió la cabeza y casi puso los ojos en blanco.

—¡Oh, no, ese hombre horrible...! ¡El debe haber matado a Betty, seguro que sí!

—Ya lo averiguaremos. Deme una nota de presentación para el personal de San Diego. Voy a ir allí para investigar sobre el terreno.

—Claro, claro...

Escribió algo en una lujosa tarjeta comercial, donde campeaba también la silueta en negro de una mujer desnuda. Me la guardé y salimos de allí envueltos en el perfume que flotaba en el ambiente.

Boglio gruñó:

—Vaya espécimen. ¿Te fijaste en sus pestañas?

—Claro. Si no fuera así... Bueno, quiero decir que un hombre normal, con sus hormonas en buen estado, no resistiría trabajar aquí ni media hora. No con todas esas nenas semidesnudas dando vueltas alrededor...

Giselle volvió a sonreírnos cuando salimos. Pensé que algún día debería exponerle a esa chica algunas realidades sobre la relación entre ambos sexos, pero eso habría de ser más adelante.

—Te llevaré a Jefatura —dije—, y luego saldré hacia San Diego.

—Me quedaré aquí, quiero andar un poco. Hay un teniente de color en San Diego..., se llama Mark Nilo. Estuvimos juntos en la academia. Quizá pueda echarle una mano.

—Gracias. A pesar de ese veneno que fumas y de tus malas pulgas, aún tienes algo humano dentro de ti.

—Sí, ya sé... Ven a verme cuando regreses.

Se quedó en la acera, una figura recia y sombría recortándose con violencia contra la gigantesca y lisa fachada del instituto de Afrodita.

Cuando desapareció de mi retrovisor hundí el acelerador y emprendí el viaje.

* * *

San Diego, en esa época, bullía de turistas veraniegos y marinos de la flota anclada en la cercana base naval. Las calles eran un auténtico hervidero multicolor y vocinglero, aplastadas bajo un sol de castigo.

Pude llegar a Jefatura no sin dificultad, porque la circulación era espesa y lenta. Metí el coche en el aparcamiento de la policía con la esperanza de encontrarlo allí al salir.

Mark Nilo era un hombre de unos treinta y ocho años, alto y esbelto, con su cara negra sonriente y es peso cabello ensortijado.

—Tom Boglio, ¿eh? —exclamó cuando me hube presentado—. ¿Todavía no lo ascendieron?

—Sigue siendo teniente. Y un excelente policía.

—Eso sí que lo creo —se echó a reír señalándome una silla delante de su mesa—. ¿Qué puedo hacer por usted, Clark?

—Ha habido un crimen en un instituto de belleza...

—
Afrodita's

—suspiró, recostándose en el sillón y sin dejar de observarme—. Una cosa sucia si las hay. ¿Qué interés tiene en el caso?

—Ya le dije que soy detective privado. Me contrataron para proteger a la propietaria de esa cadena de institutos y a sus muchachas de Los Angeles. Eddie Fich las amenazó.

Se enderezó, súbitamente alerta.

—De modo que Fich —farfulló entre dientes.

—Así es.

Le conté el asunto hasta donde yo sabía, incluyendo el salvaje asesinato del fotógrafo en el apartamento de June. No le gustó.

—Ese maldito perro rabioso... Si él ordenó matar a esa mujer, ya podemos archivar el caso. Y me inclino a creer que fue obra de sus perros rabiosos. Le pegaron dos tiros en la nuca.

—Sí, ésa parece obra de pistoleros profesionales. En cambio, el crimen de Los Angeles no.

—Quizá hay dos asesinos trabajando a destajo —gruñó entre dientes—. En esta época, era lo único que nos faltaba. Aunque le agradezco mucho su ayuda. Por lo menos, tenemos una idea de las posibles vinculaciones del hecho.

—Me temo que no pasarán de eso, de una idea. ¿Puede decirme cómo se cometió el crimen?

—Claro. Fue esta noche pasada, casi al amanecer según el forense. El asesino entró en el *bungalow* de su víctima. La sorprendió en la cama, apoyó el cañón del revólver en su nuca y disparó. Luego hizo un segundo disparo, supongo que para asegurarse, y acabó de desparramar los sesos por la almohada.

—¿Cómo entró, violentaron la puerta, o alguna ventana?

—No. Debían tener una llave. Y tratándose de la gente de Fich no me sorprende en absoluto. Tiene una organización capaz de hacerse con las llaves del Banco de la Nación. Del *bungalow* de su víctima debieron llevarse precisamente las llaves del instituto, porque al abrir por la mañana lo encontraron todo patas arriba. Lo habían registrado a conciencia, llevándose los estados de cuentas, libros de facturación y todo lo concerniente a la contabilidad.

—Un momento..., ¿no registraron también la vivienda de la encargada?

—No, sólo el bolso encontramos abierto y tirado en el suelo. De él debieron sacar las llaves de Afrodita's.

¿Le sugiere algo eso?

—Sólo que Fich quiere saber de antemano los beneficios de las sucursales, al tiempo que matando a esa mujer siembra el pánico en toda la organización, incluida la propietaria.

—Ya veo... Sí, seguro que fue así. ¡El maldito hijo de puta! Matar a una pobre chica sólo como escarmiento...

Le dejé maldecir un poco más. Estaba realmente enfurecido. Luego dije:

—¿Han interrogado al personal del instituto?

—Por supuesto. Pero nadie sabe nada. Les ha anonadado la noticia, eso es todo.

—Si no tiene inconveniente, iré allí para hablar un poco con la gente. Se supone que trabajo para la dirección de esa cadena.

—Hágalo, naturalmente. Y si tuviera la suerte de averiguar algo, no deje de informarme.

Se lo prometí. Nos estrechamos las manos y salí.

Había un agente uniformado en el aparcamiento. Me dirigió una mirada asesina cuando saqué el coche y eso fue todo. No dijo nada. Por lo visto era mi día bueno, porque si él hubiese querido yo hubiera escuchado sus gritos hasta que se quedara afónico. En San Diego son así. Afortunadamente, el turismo suaviza los caracteres incluso de los polizontes.

CAPÍTULO V

El edificio era idéntico al de Los Angeles, aunque mucho más pequeño. Pero tampoco tenía ni una ventana, y sobre la impresionante fachada plana campeaban las letras y la silueta.

La marquesina era igualmente color café con un ribete dorado, y las puertas de cristal se deslizaron obedientemente cuando me aproximé a ellas.

La recepcionista era una monada de cabellos rojos y ojos descarados que me miraron de arriba abajo, valorándome. La suma de mis posibilidades debió ser irrisoria porque hizo una mueca y la sonrisa se borró de su cara.

—¿Otro policía? —exclamó—. Los hemos tenido de todos los tamaños y colores.

—Encanto, usted no ha visto policías todavía. Recíbalos con esa cosa negra incrustada en la piel y los tendrá a racimos.

—Como las moscas. ¿Qué quiere?

—Vengo de Los Angeles.

Eso le interesó un poco más.

—¿No es un polizone local?

—No, que yo sepa.

Saqué la tarjeta que me diera Anderson y se la mostré.

—Eche un vistazo y quizá después vuelva a sonreír.

Hizo más que darle un vistazo. Leyó la recomendación y se estremeció.

—Metí la pata —murmuró—. Lo siento, no quise ser desagradable con usted..., sólo que pensé en otro policía preguntón y me puse nerviosa.

—Olvídelo. ¿Quién ocupa el puesto de encargada por el momento?

—Jenny. La encontrará al fondo de este pasillo...

—¿Una puerta rosa?

—¿Cómo lo sabe?

—Soy detective, ¿recuerda?

La dejé pensando en eso y me interné por el pasillo.

La puerta era rosa, y la oficina un calco de la ocupada en Los Angeles por Frankie Anderson, sólo que más reducida. En cambio, la dama que estaba sentada detrás de la mesa me gustó mucho más que la delicada margarita que me había contratado.

Era una morena de busto tan puntiagudo que daba escalofríos imaginarlo fuera de la blusa que lo sujetaba a duras penas. Tenía un rostro dorado por el sol, ojos azules y una boca insinuante que cuando me fijé en ella hizo algo más que insinuarme un diálogo prohibido.

—Me llamo Clark, Harry Clark —dije—. Acabo de llegar de Los Angeles.

Sonrió un poco más.

—Yo soy Jenny Moon. Espero que...

—Jenny Luna... Me gustaría verla a la luz de su homónima...

—Oiga, ¿vino desde Los Angeles sólo para piropar a las chicas?

—Vine per el crimen.

—Ya, claro.

Le mostré la tarjeta. La leyó y enarcó las cejas.

—Detective, ¿eh? Muy bien, haré lo que pueda por ayudarle.

—No creo que sea mucho, pero quisiera saber algunas cosas sobre esa pobre chica asesinada.

—Betty —se estremeció—. Es difícil aceptar la idea de que está muerta.

—¿La conocía usted bien?

—Bueno, no creo... Sólo el trato aquí por cuestiones de trabajo. No le gustaba intimar con nosotras.

—Claro, el principio de autoridad y todo eso. Por algo era la encargada. A propósito, ¿cuánto tiempo llevaba manejando la sucursal?

—Unos tres meses.

—¿Le conocía usted algún amigo, tenía novio, amante o algo? Tengo entendido que vivía sola...

—Había alquilado ese *bungalow* donde la mataron... Sí, vivía

sola, pero no sé nada de sus amistades. Ya le dije que no era muy comunicativa.

—Supongo que la vería usted ayer...

—Naturalmente. Cuando cerramos me despedí de ella. Siempre era la última en salir y entonces cerraba las puertas.

—¿Vio si estaba nerviosa, o asustada?

—En absoluto. La encontré normal, como siempre, un poco brusca quizá.

—¿Fue de esta oficina de donde se llevaron los libros de contabilidad?

—No, de la general, ahí al lado. Y lo registraron todo. Las chicas están poniendo un poco de orden ahora, porque la policía no nos permitió entrar hasta que hubieron terminado de buscar huellas.

—Hay algo raro en ese registro —mascullé, pensativo.

—¿Raro?

—Quiero decir que si necesitaban encontrar algo determinado, algo que ella supiera dónde estaba, no comprendo cómo no la obligaron a decírselo antes de matarla. En lugar de eso se tomaron un trabajo endemoniado registrando toda una oficina.

—Ya entiendo.

—Antes de que fuera nombrada encargada, ¿sabe?

—No, vino desde Los Angeles.

No había nada que hacer. El maldito Fich había hecho un buen trabajo.

El teléfono rompió el silencio. La muchacha tomó el auricular y escuchó un instante. Luego me ofreció el aparato.

—Para usted —dijo—. De la policía.

La voz del teniente Nilo resonó clara en mi oído.

—Supuse que aún le encontraría aquí. Acabamos de recibir un informe que cambia un poco las cosas.

—Adelante, quizá me sirva de algo.

—La mujer muerta, Betty Reeves, tenía antecedentes policiales en San Francisco.

—¿Con el mismo nombre?

—Sí. Extorsión y estafa. Fue condenada a cinco años, pero sólo cumplió tres. La soltaron en libertad vigilada hace seis meses. Anteriormente, cinco años atrás, ya fue inquilina de la cárcel durante dos años por la misma especialidad.

—¿Eso es todo, teniente?

—Tal como están las cosas, me temo que no sólo sea todo lo que obtengamos sino el final del caso. No tengo inconveniente en confesar que carecemos de una sola pista.

—Lo lamento.

—¿Ha averiguado algo interesante ahí?

—Nada en absoluto.

Colgué el teléfono y la muchacha murmuró:

—¿Han descubierto alguna cosa?

—No, nada.

Me despedí luchando por despegar la mirada de aquel busto increíble y abandoné el edificio pensando en Fich y sus esbirros. Alguien debería darles su merecido alguna vez...

No me quedaba nada por hacer en San Diego, de modo que tomé el coche y emprendí el viaje de regreso, diciéndome que mis posibilidades en todo el condenado embrollo eran más que escasas; eran nulas...

* * *

Las depiladas cejas de Anderson saltaron hacia arriba, Heno de asombro. El abaniqueo de sus largas pestañas casi me resfrió.

—¿Una ex presidaría? —boqueó, ahogándose—. No puedo creerlo, Clark.

—La policía no suele equivocarse en estas cosas. Betty Reeles había estado en la cárcel dos veces. Me asombra que contratasen a una mujer con esos antecedentes para regir una de sus sucursales.

—¿Cómo podíamos imaginar...? Recuerdo que se le hicieron unas pruebas y fueron satisfactorias. Era una mujer de mucho carácter y por esta razón se le confió la sucursal de San Diego.

—¿No trajo referencias?

—No lo recuerdo... Sus primeros contactos fueron con Afrodita personalmente. Luego ella la envió a mí.

—Bueno, pues ahora ha muerto y alguien tiene en su poder los libros de contabilidad y facturación de San Diego.

—¡Maldito pandillero...!

—¿No ha vuelto a saber nada de él?

—Aún no. Y ojalá se muera de una mala muerte.

—Todas las muertes son malas, Anderson —dije piadosamente.

Un interfono zumbó en aquel momento. El miró su reloj con gesto impaciente.

—Ya deberían haber cerrado... —Conectó el aparato y gruñó—: ¿Qué sucede?

La voz de Giselle dijo:

—¿Señor Anderson? El señor Fich y otro caballero desean verle.

Le vi ponerse verde y pensé que iba a echarse a llorar. Me miró desamparado. Yo me encogí de hombros, porque no había nada que aconsejar. Si Fich quería entrar entraría de todos modos.

Así que Anderson dijo con una voz agónica:

—Que pasen...

Desconectó el aparato y pareció encogerse sobre sí mismo.

—Clark —boqueó, ahogándose—. ¿Lleva usted armas?

—Si cree que esto va a acabar a tiros, olvídalo.

Tragó saliva con dificultad.

—Me siento mal, Clark.

—Si le sirve de consuelo, yo también.

Se abrió la puerta y ladeé la cabeza para ver la entrada del gran bastardo.

En realidad, Fich no tenía nada de grande. De estatura mediana, sus hombros eran estrechos y, todo él daba la impresión de haber crecido sin un régimen alimenticio adecuado. Su tipo anémico podía incluso inspirar compasión, mientras uno no se fijara en sus ojos de serpiente.

Ahí las cosas cambiaban, porque aquellas pupilas eran capaces por sí solas de quebrar la coraza de un tanque, tan duras eran.

En cambio, el gorila que le escoltaba había sufrido un exceso de desarrollo. Era una especie de gigante sobre cuyo enorme cuerpo las ropas parecían haber encogido. En contraste, su cabeza era más bien pequeña, del tamaño adecuado a sus sesos de mosquito.

Fich esperó a que su guardaespaldas cerrara la puerta y sólo entonces avanzó, moviéndose con soltura sobre la alfombra rosa.

—No sabía que tenía usted visita, Anderson —cacareó—. Lamento interrumpir.

Anderson boqueó pero no pudo pronunciar una palabra.

Yo dije:

—Ya habíamos terminado, no se preocupe.

—Entonces, mejor será que se largue usted —dijo amablemente.

—Habíamos terminado la charla —puntalicé—, pero no mi estancia aquí. En cierto modo, trabajo para la cadena Afrodita's.

Me miró de soslayo. Hizo una mueca y rezongó:

—Si no es más que un empleado ya puede salir por esa puerta. Dentro de poco tendré el placer de despedirle.

No me moví. El acabó de girar al darse cuenta de que su parrafada no había obtenido el resultado esperado.

—¿Qué diablos espera? —bufó—. Sácalo de aquí. Randy.

Anderson gimoteó al ver a la montaña ponerse en marcha hacia mí.

Bueno, yo soy un individuo tranquilo por lo general. No me gusta romper cabezas si puedo evitarlo. Pero aún me gusta menos que rompan la mía.

Además, Fich me caía gordo, y había ordenado asesinar a una mujer sólo como escarmiento, para presionar a Afrodita.

Y por si faltara otra buena razón, yo tenía ilusiones respecto a la hermosa propietaria de la cadena. Ilusiones que incluían una mullida cama.

De modo que me quedé mirando al gorila mientras venía hacia mí cachazudamente, mirándome con sus ojillos inexpressivos.

Se detuvo a un paso de la butaca donde yo estaba sentado y dijo:

—Mejor será que salga por su pie, amigo..., ya oyó al señor Fich.

—De modo que hasta sabe hablar —comenté admirado—. En el zoológico hacen maravillas últimamente.

El no captó la cosa, pero Fich sí.

—¡Sácalo a puntapiés! —bufó.

El grandón alargó la manaza y me atrapó por las solapas. Me levantó en vilo y mis pies perdieron contacto con el suelo.

Dijo con voz apenada:

—¿Se da cuenta? Lo estropeó todo...

Me puso en el suelo. Le habíam dicho que hiciera el trabajo a puntapiés y se disponía a cumplir.

Sólo que no esperé. Disparé la derecha con los dedos rígidos, el pulgar plegado bajo la palma. Fue un golpe asesino respaldado por todo mi peso.

Las puntas de los dedos se hundieron en su hígado como puñales

y casi le salieron por la espalda.

Se quedó muy sorprendido, con la boca abierta, asombrado de que, de pronto, no pudiera ni respirar. Luego el dolor lacerante le dobló un poco. Aún no comprendía.

Decidí que debía acabar de instruirle sobre ese noble arte oriental. Levanté la mano y la estrellé de canto detrás de su oreja, aprovechando que tenía la cabeza inclinada.

Sonó un crujido y el gigante cayó de rodillas. Otro menos fuerte habría perdido el conocimiento como mínimo, o quizá hubiera muerto con astillas de hueso incrustadas en el cerebro.

Pero ese tipo no tenía cerebro, sólo huesos y músculos.

Aún boqueaba y oscilaba la cabeza aturrido. Levanté la mano y le sacudí un hachazo en la nuca y esta vez sí, esta vez cayó de cara contra la alfombra y se quedó allí, muy quieto.

Fich se había puesto rojo y Anderson jadeaba como si los golpes los hubiera sacudido él.

—No me gusta que me manoseen, Fich —dije. Pude sacar una voz adecuada, pero me temblaban las piernas—. Me llamo Clark y me encargaron de la seguridad de las nenas, ¿sabe usted?

—¿Qué, qué? —balbuceó. La ira no le permitía articular palabra.

—Si yo hubiera trabajado para la sucursal de San Diego, sus torpedos no habrían asesinado a la chica, Fich. Hasta es posible que a estas horas alguno de ellos ocupara un lugar en la heladera del depósito de cadáveres.

No salía de su asombro. Se volvió con dificultad hacia Anderson y chirrió:

—¿Quién es ese loco, hombre?

—Clark... —dijo la dulce margarita casi saliéndole los ojos de la cara—. Un detective...

Fich se volvió a mí. Luego miró a su escolta. El gorila apenas respiraba.

—La hizo buena —gruñó—. Randy le matará por eso.

—¿Y qué cree que haré yo con usted, Fich?

—Nada. No podrá hacer nada.

—Piénselo dos veces. Usted tiene pistoleros a sueldo. Tiene matones especializados en cualquier trabajo. Ellos se mueven por la pasta, pero yo me muevo porque es mi pellejo lo que está en juego. ¿Comprende la idea?

—Habla demasiado.

—Yo soy así, Fich. Y ahora saque esta basura de aquí y no vuelva, porque la próxima vez dispararé primero y preguntaré después.

—¿Que yo...?

—¡Sáquelo!

Se volvió de nuevo a Anderson.

—¿Se da cuenta de lo que está haciendo? —le increpó.

Anderson se encogió un poco más.

Suspiré. El tipo era duro de mollera.

—Escuche, Fich —le espeté—. Usted asustó a June y las chicas. Y a Anderson, por descontado. Puede que incluso me asuste a mí, pero puestos a romper cabezas nunca vacilo. Si usted insiste en sus pretensiones de apoderarse de la mitad de este negocio va a saltar por los aires. ¿Comprende mi idioma? Quiero decir que usted posee una cadena de perfumerías en gran escala. Esas perfumerías pueden volar por los aires. Tiene restaurantes. También pueden saltar en pedazos. Tiene *cabarets* en toda la costa. Un *cabaret* estalla con mucha facilidad. Y, finalmente, tiene usted una cabeza sobre esa porquería de hombros. Cuídela, porque puede estallarle también con el mismo tratamiento que sus pistoleros le dieron a la chica de San Diego.

Se quedó boquiabierto. Posiblemente era la primera vez en su vida que alguien le hablaba en ese tono.

Señalé otra vez al bello durmiente.

—Sáquelo de aquí cuando salga, Fich —repetí—. No me importa cómo lo haga. Arrástrelo, o córtelo en dos trozos si pesa demasiado, pero lléveselo con usted porque ya me cansé de hablar.

Volvió a mirar a Anderson. Aún confiaba en su aureola, en que Anderson se desfondara.

No lo hizo. Siguió al otro lado de la mesa, con la cara gris y la mirada perdida.

De modo que Fich dio media vuelta y se encaminó a la puerta, olvidándose de su perro guardián.

Saqué el revólver y dije:

—Párese ahí, Fich.

Al mismo tiempo hice sonar el martillete al subirlo con el pulgar. Se volvió sobresaltado. La visión del 38 le convenció de que,

cualquier cosa que fuera, aquello no era un juego.

—Le dije que se llevara la basura con usted. Voy a meterle un plomo en una pata si continúa siendo sordo.

Sudaba. ¡Diablos cómo sudaba! Pero era de cólera impotente, del furor que le hacía temblar de la cabeza a los pies.

Sin embargo, tascó el freno y empezó a tirar de su socio hacia la puerta. Entonces sudó más, porque el angelito debía pesar alrededor de cien kilos por lo menos.

Fui lo bastante amable para abrirle la puerta, y cerrarla después, cuando hubo salido resoplando y jadeando.

Entonces hube de correr hacia una butaca porque las piernas apenas me sostenían.

Anderson dijo:

—¡Le asustó..., le hizo salir asustado...!

—El me asustó más a mí. Debí estar loco cuando acepté meterme en este avispero.

—Y le ha escupido en la cara su crimen de San Diego, y ni siquiera ha protestado... ¡Clark, es usted grande!

Yo no me veía grande. Ni siquiera mediano. A decir verdad, me veía metido en un ataúd cubierto de flores y con un séquito de nenas enfundadas en mallas negras.

CAPÍTULO VI

Dejé a Anderson agarrado al teléfono, intentando localizar a Afrodita para darle la buena nueva.

Junto a la puerta de la calle encontré a Giselle, y esta vez no llevaba las mallas negras apretadas a sus curvas. Estaba ataviada de calle, y hube de pensar con calma si me gustaba más de un modo o de otro.

La falda se le apretaba, golosa, en torno a unos muslos plenos que formaban el ideal de un tipo entusiasta de la línea curva. Sus piernas largas le daban la esbeltez justa que necesitaba, y cuando uno detenía la mirada en lo que había más arriba de su cintura de avispa era como si empezaran a sonar campanillas en alguna parte.

No descubrí que estaba sonriendo hasta que logré despegar la mirada de aquellas dos cosas firmes y cremosas que respiraban con ritmo suave en el profundo escote.

—Sigue quemándome la piel cada vez que me mira —dijo como si la cosa no le disgustara.

—Hermana, si eso es cierto debe tener ampollas en los lugares más insospechados. Se ve usted como un millón de dólares.

—No sabría qué hacer con tanto dinero.

—Piense en lo que podría hacer con un tipo boquiabierto, quizá se le ocurra algo.

—Tal vez pudiera tomar un trago de algo fuerte en su compañía.

—En mi apartamento.

Sacudió la cabeza.

—No quiero quedarme sin empleo —dijo suavemente—. En cualquier bar cercano estará bien.

—¿Qué tiene que ver su empleo con mi apartamento?

—Interponerse en el camino de Afrodita es peligroso para la

estabilidad laboral. Usted le pertenece.

Esta vez me quedé boquiabierto literalmente.

—No habla en serio —dije, asombrado.

Siguió sonriendo.

—Ya lo creo que sí —echó a andar a mi lado—. Afrodita tiene ideas respecto a usted. La conozco bien y vi cómo le miraba.

—Oiga, yo también tengo ideas respecto a ella, respecto a usted y respecto a las otras nueve odaliscas de ese harén encantado. Pero eso no quiere decir que pretenda apropiarme de una en propiedad.

—Usted tiene una mente liberal.

Reflexioné sobre qué quería decir eso. No llegué a ninguna parte y ella remachó:

—Afrodita no. Cuando quiere algo, se queda con ello.

—¿Aunque sea un hombre?

—Especialmente, si se trata de un hombre.

—Ya veo.

—Hay un bar ahí, en la esquina.

Respiré profundamente porque las palabras de la muchacha danzaban en mi mente como un tiovivo.

Fue entonces que vi el coche negro. Lo vi apartarse de la acera, al otro lado de la calle, y deslizarse despacio en nuestra misma dirección. Iban dos hombres en él, dos tipos que no nos prestaban ninguna atención.

Eso ya era sospechoso, porque cualquier tipo que se vista por los pies, no puede evitar dirigir por lo menos una mirada golosa a las curvas gloriosas de una chica como Giselle.

Pero aparte de eso, yo tenía la mosca tras la oreja después de mi cordial encuentro con Fich, de modo que sentí un helado escalofrío en la espalda.

Llegamos a la esquina y Giselle comentó:

—¿Se ha quedado mudo, cariño?

—Algo así.

Casi la empujé dentro del lujoso establecimiento.

Era uno de esos lugares exclusivos donde, desde las luces a la música ambiental apenas audible, están calculados para que uno se sienta tan cómodo como en su propia alcoba.

Me volví a tiempo de ver detenerse el sedán negro al otro lado, justo en la esquina, sin importarle si ocupaba un paso de peatones.

Esperé ver apearse a los tipos, pero se quedaron sentados en el coche, quietos y tranquilos.

Giselle se quejó:

—¿Qué le pasa? Ya ni siquiera me hace caso.

—Pensé que había visto un conocido. ¿De veras cree que un hombre puede estar cerca de usted sin hacerle caso?

—Ahora vuelve a ser usted. Yo quiero un *gimlet* bien frío.

Pedí dos y nos sentamos en una especie de mullido reservado donde era forzoso que las parejas estuvieran muy juntas. No había espacio para un alfiler entre ella y yo.

—Ahora dígame qué pasó en San Diego —soltó de pronto—. Todo son rumores, pero nadie nos aclara nada. ¿A quién mataron?

—A la encargada de la sucursal.

—Dios mío...

—¿La conocía?

—No, aunque la vi algunas veces antes de que le dieran el empleo. Se llamaba Reeles o algo así.

—Betty Reeles.

—Anderson debe haberlo sentido mucho. Era amiga suya.

—¿Amiga de Anderson?

—Eso creo. Le dieron el empleo por esa amistad. Fue algo insólito, porque en buena ley debieron habérselo dado a cualquiera de las chicas de San Diego. Todas tenían experiencia suficiente para desempeñarlo.

—El no me dijo eso.

—¿Anderson? Oiga, Clark, no vaya a comprometerme... Una debería mantener cerrada la boca en este oficio.

—No se preocupe, fue solo un comentario. De cualquier modo nada de eso altera el hecho de que fue asesinada por un pistolero, probablemente a las órdenes de Fich.

—¿Fich?

—Usted le ha visto hoy.

—¡Ya lo creo! Debería haberlo visto cuando salió, con aquella montaña de hombre casi a gatas... Fue todo un espectáculo. Usted estaba ahí dentro. ¿Qué fue lo que pasó?

—Nada que deba preocuparla —esquivé—. Ya es suficiente que me preocupe yo.

—Y está preocupado —comentó sacudiendo la cabeza.

Apuré mi bebida sin apenas captar su sabor. La inquietud producida por aquellos dos fulanos iba en aumento.

Giselle comenzaba a impacientarse y no pude reprochárselo. Yo no estaba siendo una compañía agradable en aquellos momentos.

—Va a irse a casita —dije de pronto—. Quiero que salga de aquí usted sola y se aleje lo más aprisa posible.

—¿Por qué? No comprendo nada, ¿fue algo de lo que dije?

—En absoluto, sólo haga lo que le digo.

—Oiga, Clark, si es por lo que dije al principio, olvídalo. Exageré un poco. Afrodita no es clarividente, de modo que no puede verlo todo. Quiero decir que...

—Sé lo que quiere decir, y sólo con pensarlo siento que me sube la temperatura, lo crea o no. Pero las cosas se han complicado. No quiero que corra usted ningún riesgo.

—¿A qué riesgo se refiere? Porque si está pensando en mi virtud, déjeme decirle que eso es cosa exclusivamente mía.

—Estoy pensando en su hermosa cabeza. Hay dos pistoleros en un coche allá fuera. Nos siguen desde que salimos del instituto.

—¿Está bromeando?

—Ojalá fuera una broma —suspiré—. Si no me equivoco, son gente de Fich y vienen por mí, de modo que no se molestarán por usted si se aleja tranquilamente por la acera.

Se quedó mirándome fijo un buen rato.

—¿Y usted? —preguntó de pronto.

—Procuraré sacudírmelos de encima.

—¿No..., no le sucederá nada malo? Debería llamar a la policía.

—¿Y qué sucedería entonces? Ellos resultarían ser dos pacíficos caballeros en su coche. No, querida, estas cosas nunca se resuelven así.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Le daré una tarjeta mía para que me llame tan pronto esté fuera de peligro. Por favor, ¿lo hará?

—Seguro.

Me dio una linda tarjeta con su nombre, dirección y teléfono, todo ello en letras afiligranadas en relieve, doradas. Luego se levantó.

Retuve su mano unos segundos.

—Eres un encanto, Giselle —dije con sinceridad—. Creo que

habrá que pensar algo al respecto.

—Piensa en esos tipos de allá fuera, de momento. Después pensaremos lo que quieras.

La atraje con suavidad y ella se dejó caer. Su boca era fresca, palpitante y suave. Lástima que la cosa duró poco, porque se irguió con una sonrisa y dijo como despedida:

—Eso te dará suerte... Llámame cuando te hayas escabullido de esa gente.

Y se fue.

Esperé a que llegara a la puerta antes de moverme. Quise comprobar que el coche aún estaba allí, y que los dos tipos no se interesaban por la muchacha.

No lo hicieron. Apenas le dedicaron una mirada cuando salió del local. Su pieza de caza era yo sin ninguna duda.

Corrí al teléfono y llamé a Boglio.

Le di el número de matrícula del coche y añadí:

—Entérate de si es un coche robado, o de si pertenece a Fich. Y hazlo en cinco minutos, porque esos torpedos no esperarán mucho más.

—¿De qué demonios estás hablando?

—De una declaración de guerra. ¿Puedes conseguir eso en cinco minutos o no?

—¿Dónde estás?

—En un bar. Esquina Sunset y Florida. ¿Quieres el número de teléfono o te llamo yo?

—Llámame en cinco minutos.

Colgó. Se había interesado al fin.

Pedí otra bebida y me senté a esperar. No dejaba de vigilar la puerta por si los pistoleros decidían precipitar los acontecimientos.

Cinco minutos en punto después llamé de nuevo al teniente.

—Ese coche no está denunciado como robado —dijo con voz sombría—, y tampoco pertenece a Fich. ¿Qué infiernos te pasa, empiezas a ver fantasmas?

—Ésos son unos fantasmas sólidos como el demonio. ¿De quién es el coche?

—De alguien llamado Bruno Burrougs.

—Y ése, ¿quién es?

—¿Estás chiflado? No lo sé. Sólo hace cinco minutos que

llamaste, ¿recuerdas?

—Bueno, ya me arreglaré con esos dos. Pero si algo ocurre, tipo listo, esta tarde he apabullado a Fich y aplastado a su guardaespaldas, un tipo llamado Randy que a estas horas debe tener un buen dolor de cabeza. Ésa es la razón de que esté tan seguro de que esos pájaros vienen a por mí.

—¿Que hiciste qué?

Colgué. En esos momentos hubiera podido saltarle los dientes a un teniente de policía.

Pagué las bebidas y encendí un cigarrillo, reflexionando a toda presión. No me cabía duda de que eran hombres de Fich, y si yo no hubiera sido tan idiota de meter la cabeza en ese avispero habría sabido desde el principio que eso tenía que suceder. Fich era una especie de reyezuelo despótico al que nadie podía humillar.

Pensé en esto y aquello un poco más. Tracé algunos planes, sólo para olvidarlos a continuación. Luego eché a andar hacia la puerta y en aquellos momentos supe lo que debían experimentar los condenados a muerte cuando emprenden la «última milla»...

Me detuve antes de empujar las puertas de cristal. El coche negro seguía en la esquina. De los dos fulanos, uno fumaba tranquilamente y el otro tenía las manos abandonadas sobre el volante.

Saqué el 38 de la funda y lo trasladé al bolsillo de la chaqueta, y con la mano dentro de ella acariciando la culata salí.

El individuo que fumaba tiró el cigarrillo por la ventanilla abierta. El del volante encendió el motor.

Eché a andar acera abajo, abandonando Sunset, y el coche se deslizó suavemente en mi misma dirección.

Lejos empezó a oírse una sirena que llegaba por Sunset atronando el aire. Miré por el rabillo del ojo y vi que el coche negro aceleraba la marcha y que el tipo que estuviera fumando se incorporaba un poco.

Saqué la mano empuñando el revólver y me tiré al suelo.

El disparó primero, pero aunque no lo hubiese hecho yo ya estaba dispuesto a liquidarlos. La bala rechinó al estrellarse contra las baldosas de la acera, a un palmo de mi cara. Tumbado panza al suelo empecé a apretar el gatillo mientras el motor del coche rugía en una brutal acelerada.

Vi una fracción de segundo la cara sobresaltada del pistolero de la ventanilla. Luego vi estallar aquella cara en un borrón rojo y desapareció mientras yo aún vaciaba el barrilete contra el auto.

La sirena aullaba casi en la esquina y la calle se había convertido en un manicomio. Todo el mundo corría o se arrojaba al suelo, y el coche negro intentaba huir en medio del tráfico.

Embistió de pronto a un *coupé* rojo, que dio un salto de costado. Luego el sedán negro giró y subiéndose a la acera incrustó el morro en una farola. La farola empezó a oscilar de una manera ridícula. La gente chillaba en todos los tonos. Al fin, la farola torció el cuello como un cisne moribundo y se desplomó hacia el centro de la calle, con un estrépito de todos los diablos al caer sobre un enorme «Cadillac» gris rebosante de cromados.

El «Cadillac» se arrugó de mala manera. En la esquina chirriaron las ruedas de un coche policíaco y su sirena ahogó todo otro sonido.

De un lado del aplastado coche salió un tipo casi a rastras. Se levantó aullando, miró lo que quedaba de su flamante acorazado y poniendo los ojos en blanco se desmayó.

Corrí hacia el auto empotrado en la base de la farola. Una cosa era segura. Los dos tipos que lo habían tripulado nunca más volverían a tirotear a nadie. El de la ventanilla tenía la cara hecha migas por una bala del calibre 38 y lo que quedaba no era como para figurar en una revista de modas. El otro tenía un agujero en un lado del cuello y la barra del volante incrustada en el pecho. Parecía un enorme insecto ensartado por la aguja de un entomólogo gigante.

El coche de la policía se había detenido con un rechinar de frenos. Los dos agentes que lo tripulaban llegaron a mi lado con sus armas en las manos. Uno me arrojó contra la abollada carrocería mientras me gritaba algo que no entendí.

El otro se apoderó de mi revólver vacío. Me registraron, excitados, mientras decenas de curiosos se arremolinaban en torno.

Sólo cuando estuvieron seguros de que yo no llevaba un bazooka escondido en el fondillo de los pantalones se interesaron por los ocupantes del coche.

Lo que vieron les hizo echarse atrás boqueando.

Yo dije:

—Si han acabado, quizá alguien quiera llamar al teniente Boglio,

de Homicidios de la ciudad.

—¿Es usted Harry Clark?

—Seguro.

—Bueno, debíamos... Nos avisaron por radio. Un tal Harry Clark estaba en apuros o algo así. Salimos disparados, pero no llegamos a tiempo. ¿Quiénes eran esos dos?

—Pistoleros profesionales.

Otra sirena se acercaba por Sunset, y procedente del sur aullaba una más, mientras la multitud iba espesándose a nuestro alrededor.

Cuando Boglio llegó, la calle parecía una celebración del 24 de julio...

CAPÍTULO VII

Llamé a Giselle para tranquilizarla desde un teléfono público.

Lo curioso es que pareció realmente preocupada por mi seguridad.

—Todo salió bien —dije—. Si matar a dos tipos puede decirse que es algo que salió bien.

—Harry, ¿por qué no vienes a casa y me lo cuentas?

—No puedo.

—Comprendo. Afrodita.

—No es eso. Se trata de mi trabajo. Todo está precipitándose con la intervención de esos pistoleros y estoy muy preocupado por el siguiente paso de Fich. Ahora está obligado a hacer algo drástico y hacerlo pronto, si no quiere que su prestigio de ama de la costa se hunda.

—Entonces, ¿cuándo estarás libre?

—No lo sé. Te llamaré otra vez. ¿De acuerdo, preciosa?

Dijo que estaba de acuerdo y colgó.

Yo hice lo mismo. Los alrededores empezaban a despejarse. Una ambulancia se había llevado los cadáveres de los pistoleros y algunos policías alejaban a los curiosos, mientras una grúa se aprestaba a retirar los coches aplastados.

Caminé en paz hacia donde dejara el coche, no lejos del instituto. Comprobé que éste estuviera cerrado y luego tomé mi auto y emprendí el camino que había deseado hacer desde la primera y maldita noche de este caso.

Afrodita abrió la puerta personalmente. Una gran sonrisa me recibió, y detrás de la sonrisa ella se empujó sobre las puntas de los pies y estrelló su boca en la mía, aún con la puerta abierta.

—Ésa es la bienvenida que estuve soñando todo el tiempo —dije

con un hilo de voz.

—Entra, Harry.

Cerró y la seguí al interior del soberbio apartamento.

Empezaba a pensar en su dormitorio rosa y blanco cuando vi a Anderson sentado en el diván.

El alma me cayó a los pies.

—Hola, Clark —cacareó él—. Le conté a Afrodita lo sucedido en mi oficina...

—Estuviste magnífico, Harry, querido —remachó ella.

Eso me hubiera gustado oírsele decir estando solos.

—Fui un idiota integral —dije—. Fich ya ha empezado la guerra. Y les conté los últimos sucesos sin darles tiempo a reaccionar.

Anderson soltó un gritito agónico y su cara se puso gris. Iba a necesitar mucho maquillaje para devolverle su sonrosado color.

Afrodita sólo murmuró:

—Has matado a dos hombres...

—Hace una hora o poco más.

Me miraba con los ojos brillantes de excitación, como si en ese momento justo hubiera descubierto que yo era su ideal para la cama, después de diez experiencias frustradas.

Anderson balbuceó:

—¿Qué pasará ahora, Clark?

—Puede estar seguro que Fich hará el siguiente movimiento. Acaba de perder a dos de sus torpedos y eso le hará saltar hasta el techo y le convencerá de que su prestigio no le sirve esta vez. Y eso es justamente lo que me preocupa. ¿Nadie tiene un trago a mano?

Afrodita corrió a servirme. Yo era el héroe nacional por el momento.

Me trajo un vaso gigantesco rebosante de *whisky* de la mejor calidad. No se podía pedir más.

Saboreé casi la mitad antes de volver a pronunciar una palabra. Puede decirse que los dos estaban literalmente pendientes de mí.

—Pienso que, antes de volver a intentar algo contra mí, Fich lo pensará un poco. Por lo menos, se tomará cierto tiempo para planear mejor su siguiente ataque, de modo que el primer golpe debe descargarlo contra la cadena

Afrodita's,

para seguir manteniendo el pánico y tener así opción a lo que

quiere.

Anderson se estremeció.

—¿Cree que..., que yo...?

Su vez se quebró con una nota aguda.

—No lo sé. Usted, o cualquiera de las chicas. Quiero que las llame a todas por teléfono a sus casas. Que las localice si no están allí, y les ordene reunirse en el instituto.

—¿A estas horas?

—Ahora, Anderson. Quiero tenerlas a todas juntas. Nosotros iremos allí después.

Asintió y se precipitó al teléfono.

Afrodita susurró:

—Yo había planeado algo diferente para esta noche, Harry...

—Y yo. Tal vez tengamos oportunidad de un cambio de impresiones, en privado.

—¿Con todas las chicas en torno nuestro?

—Ya veremos.

La admiré de arriba abajo. Llevaba uno de esos cómodos conjuntos hogareños compuestos por una blusa anudada sobre el estómago y unos pantaloncitos cortos que se aferraban a sus muslos con avaricia. Se veía espléndida y noté cómo de pronto la temperatura ambiente empezaba a subir.

—Oh, Harry —runroneó—, vuelves a mirarme de esa manera hambrienta...

—Tú sabes que desde la primera vez aún no he saciado el hambre.

Anderson hablaba histéricamente por teléfono. Yo le di otro embate a mi vaso.

—¿Cómo te fue con la policía? —pregunté dé pronto.

—Fueron muy comprensivos. Y yo estaba ya calmada y tranquila después de toda la noche y parte de la mañana de descanso.

—Claro. Dime una cosa, ¿cómo se te ocurrió contratar a Betty Reeles para encargada de la sucursal de San Diego? Tenía antecedentes penales, había estado en la cárcel dos veces, una hace poco tiempo y otra cinco años atrás.

—No me lo explico. Tenía magníficas referencias, y demostró que era activa y hábil para el negocio. ¿Por qué la elegirían a ella esos pistoleros, Harry?

—Por nada concreto seguramente. Necesitaban descargar un golpe que te convenciera de la necesidad de aceptar su trato, y lo dieron en San Diego. Al propio tiempo se apoderaron de toda la contabilidad. Ahora Fich conoce perfectamente los beneficios de esa sucursal y puede empezar a calcular con cierta veracidad lo que puede obtener si se sale con la suya.

—Claro... Pobre Betty.

—Lo que aún no he comprendido es la muerte del fotógrafo. Ni siquiera pude hacerte una sola pregunta sobre él.

Ella sacudió la cabeza, apenada.

—Trabajaba para nosotros. Todas las fotografías de la publicidad eran suyas. A veces nos reuníamos aquí y otras en su estudio para los planes o las fotos. Era una buena persona, Harry.

—No para todo el mundo.

—Claro, alguien lo mató.

Anderson se desgañitaba con alguna de las chicas que se resistía a abandonar su apartamento.

Esperé a que terminase, un buen rato después, cuando yo ya había acabado el *whisky*.

El anunció:

—Están todas en camino. Giselle no quería ir... Esa maldita chica... debía tener una cita esta noche —sacudió la cabeza, escandalizado ante la idea.

Yo descolgué el teléfono y llamé a Boglio.

—¿Tienes algo sobre los dos fulanos del coche? —le pregunté de entrada.

—Oh, seguro. Gente de Fich.

—¿Y...?

—He ordenado traerlo aquí. Voy a interrogarle, aunque no servirá de nada. Aparecerá todo un regimiento de indignados picapleitos velando por sus derechos, como de costumbre.

—Por lo menos se inquietará.

—Lo dudo.

—Entérate de si entre su gente hay algún especialista del cuchillo.

—¿Crees que soy un retrasado mental? Ya lo hice en cuanto vi el trabajo hecho con el fotógrafo. Nadie sabe nada de un cuchillero en las huestes de Fich, de cualquier modo ya te dije que encontramos

al tipo que lo hizo.

—Y no pertenecía al ejército del hombrecito, ¿eh?

—No, eso lo comprobé.

—Pensaba que quizá hubiera preparado una trampa, un engañoso, ya sabes. Uno de sus hombres hace el trabajo, buscan un desgraciado y le endosan el mochuelo. Algo así.

—Olvídalo. Aquello fue un trabajo chapucero. Estamos rastreando el pasado del fotógrafo, para saber el motivo. Es lo único que nos queda por averiguar. Eso, y la identidad de quien pagó al cuchillero —deslizó al final, como al desgaire.

—De modo que te has convencido de que yo tenía razón en ese aspecto.

—Tú te crees demasiado listo.

Y colgó.

—Bueno, las cosas están moviéndose también por parte de la policía —anuncié—. Van a interrogar a Fich. Y están rastreando el pasado del fotógrafo para tratar de averiguar quién pagó por su muerte.

Afrodita dio un respingo.

—¿De qué estás hablando? —exclamó—. La policía me dijo que ya habían encontrado al asesino. Lo encontraron muerto de un tiro, seguramente por un atracador.

—Ésa fue la pantalla, preciosa. El mundo del crimen nunca es tan sencillo como eso.

No podía creerlo, pero no le di más explicaciones. Lo que yo quería era que Anderson se largara.

El opinaba de distinta manera.

—Oiga, Clark —murmuró—. ¿Piensa que nos quedemos toda la noche en el instituto?

—Ésa es la idea. No puedo velar por todas las chicas estando desperdigadas por la ciudad. Y casi apostarí la cabeza que Fich dará un paso decisivo esta noche para inclinar la balanza a su favor. Puede optar por atacar a alguna de ellas, a usted, a June o al instituto. Decida lo que decida quiero estar prevenido.

—Creo que tiene usted razón.

—Ponte algo menos llamativo que eso —indiqué a la muchacha—. Iremos allá inmediatamente.

Ahora estaba impresionada. Asintió y dio media vuelta.

Antes que hubiera dado dos pasos llamaron a la puerta.

—¿Esperabas visitas?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro. La mosca que zumbaba detrás de mi oreja se volvió de pronto mucho más molesta.

CAPÍTULO VIII

Afrodita abrió la puerta. Ni siquiera le dieron tiempo a preguntar nada. Sólo la empujaron y entraron, cerrando a sus espaldas.

Eran dos tipos a los que no pude ver desde mi escondite, pero oí sus voces. Uno cacareó:

—Tranquila, chica. Si no alborotas todos lo pasaremos en grande, pero si te pones histérica las cosas para ti serán muy malas.

—¿Quiénes...?

El otro la atajó:

—No preguntes, encanto. No hables ni grites y te diré cuál es el plan. ¿De acuerdo?

Ella debió asentir, porque el fulano añadió:

—Voy a hablar clarito para que comprendas de qué va la cosa. Mi socio y yo vamos a jugar un poco contigo, donde prefieras. En ese diván, en la cama, sobre la alfombra. Eso para empezar. Luego sólo te estropearemos un poco, no mucho, lo justo para que entres en razón, pero no tanto que te impida manejar tu negocio. ¿Está claro?

Ella empezó a retroceder y ellos la siguieron, riéndose.

Así entraron en mi radio de visión. Eran dos ejemplares para el zoo. Altos, anchos, duros y alegres ante el lote que se disponían a disfrutar.

Los dos devoraban materialmente a Afrodita con sus miradas sucias.

Uno decidió:

—Quítate esas cosas, preciosa. No perdamos tiempo.

—Son ustedes un par de ratas podridas —les espetó June delicadamente.

—Lo quieres por la vía difícil, ¿eh? También me conviene, no

creas... Domesticar una potranca como tú será divertido.

Ella recordó las instrucciones y retrocedió un poco más, al tiempo que preguntaba:

—¿Les envía Fich?

—¿Qué importa eso, monada?

Ellos adelantaron los pasos que ella retrocedía. Así se colocaron donde yo quería.

Acabé de abrir la puerta y salí con el revólver amartillado.

—Ahí están bien, pareja de puercos. Coloquen las manos sobre la cabeza o se mueren.

Se quedaron un instante rígidos. Luego comenzaron a levantar las manos y a girar para enfrentarse a mí.

Le sacudí un culatazo al más próximo.

—Dije que levantasen las manos, no que se volvieran.

El tipo cayó de rodillas. Por entre los ralos cabellos empezó a deslizarse un hilillo de sangre.

Afrodita acabó de retroceder y Anderson apareció desde la cocina, mirando a los dos gorilas con unos ojos que parecían a punto de saltarle de la cara.

—Ve a vestirme para la fiesta, linda —ordené.

Ella desapareció en su dormitorio. Anderson fue a servirse un buen trago de *whisky*, sólo para que sus piernas dejaran de temblar.

—Ahora veamos si dejamos las cosas claras —dije, hurgándole la espalda al que aún estaba de pie—. Saca la artillería con la mano izquierda. Hazlo con mucha delicadeza, ¿entiendes?

Lo hizo con sumo cuidado. Entre sus dedos extrajo una automática de gran calibre, sosteniéndola como si fuera algo que apestará.

—Ahora déjala caer al suelo y retrocede unos pasos. Así está bien...

Di un puntapié a la pistola, enviándola al otro extremo de la sala.

Señalé al gimoteante arrodillado con el cañón del revólver.

—Ahora tú. Ya oíste las instrucciones.

Me miró con ojos asesinos desde aquella posición. Le enseñé los dientes en una mueca.

—¡Muévete! Con la izquierda, como tu socio.

Se llevó despacio la mano a la axila. La mano izquierda, tal

como estaba mandado.

Y por poco no me la jugó. ¿Cómo podía imaginar que el tipo fuera zurdo?

La mano izquierda se hundió bajo la axila derecha. Aún tardé un segundo en caer en la cuenta de la anomalía, y para entonces él había empuñado su 45 automática y estaba levantándola en lugar de dejarla caer sobre la alfombra.

Tiré del gatillo por puro instinto. Si él no hubiera estado todavía un poco aturdido a causa del porrazo nos habríamos matado uno al otro en un fulgurante mano a mano.

Mi 38 retumbó una vez, bronco como un trueno. Su 45 bramó también y el estruendo amenazó con echar abajo las paredes.

Mi bala le atravesó la cabeza llevándose parte de ella por los aires. La suya arañó mi costado con una dolorosa sensación de quemadura.

Anderson empezó a chillar ante lo que vio esparcido por la alfombra. Luego, de repente, calló y se quedó hecho un ovillo, desmayado como una frágil damisela.

El otro gorila miraba incrédulo a su compañero casi decapitado. Apenas podía creerlo.

Afrodita asomó por la puerta, dio un grito y retrocedió otra vez.

—Quedamos tú y yo, hermano —dije rechinando los dientes—. Vamos a tener una breve charla y luego te enviaré al infierno para que tu compinche no haga el viaje solo.

—Oiga, espere un minuto.

—¿Está Fich detrás de esta fiesta?

Asintió con un gesto.

—¿Dónde está él ahora?

—No lo sé... Tenía que reunirse con un abogado o algo así.

—¿Y sus órdenes fueron ultrajar a Afrodita y después golpearla un poco?

—Sí..., pero de modo que no le quedasen señales en la cara.

—¡Hombre, qué considerado de su parte! ¿Qué otras ideas brillantes tiene al respecto?

—Nosotros sólo teníamos que hacer esto.

—Vosotros... ¿Y los demás?

Se encogió de hombros.

—Te la vas a ganar —le advertí.

Siguió mudo.

Fui hacia él. Movié los brazos para protegerse la cabeza del inminente culatazo. Se equivocó. Le descargué un puntapié donde más le doliera y cayó redondo, aullando, las manos engarfiadas sobre el lugar machacado.

Entonces le di lo que había temido. No muy fuerte porque necesitaba que hablara, pero lo suficiente para que su cabeza sonara a cascajo.

Aplastó la cara en la alfombra y empezó a vomitar.

Alguien iba a tener un trabajo endemoniado para dejar la alfombra presentable...

—No vayas a sacar las tripas ahora —le aconsejé—, necesito charlar un poco contigo.

Pudo ladear la cabeza y mirarme de soslayo. Estaba lívido y si las miradas matasen me hubiera convertido en una momia instantáneamente.

—¿Qué otras ideas tiene Fich? —insistí—. No me obligues a sacudirte un poco más porque estoy acabando mi ración diaria de paciencia.

—Envió... a alguien...

—¿Adónde?

—Tiene que dejarme marchar si hablo.

—Seguro. Hasta quizá te ayude a saltar por la ventana para que salgas más aprisa.

Teniendo en cuenta que estábamos en el piso décimo del edificio, la idea le preocupó.

Así que decidió colaborar con la esperanza de salir entero del apartamento.

—Los mandó al instituto.

Mi sangre se heló.

—¿Con qué instrucciones?

—Eso no lo sé. ¡Le juro que no lo sé! —chilló al ver que levantaba el revólver.

No le valió. Le sacudí con tanta fuerza que su cabezota se abrió por la mitad. Empecé a gritarle a Afrodita que saliera mientras yo descolgaba el teléfono y marcaba el número de la policía.

Tardé unos preciosos segundos antes de darme cuenta de que el teléfono no funcionaba. Debían haber cortado la línea en el

exterior, probablemente en el pasillo.

—Busca un teléfono y llama a la policía —dije, frenético—. Diles que envíen gente al instituto porque van a volarlo, o pegarle fuego, no lo sé. Y que vengan otros aquí y cuéntales lo sucedido.

—¡Harry, no me dejes con eso ahí...!

Yo ya estaba en la puerta.

—Arréglate como puedas. Las chicas están en el instituto y puede convertirse en una ratonera para ellas.

Salí zumbando y ni siquiera esperé el ascensor. Bajé las escaleras saltando los peldaños de cuatro en cuatro a riesgo de romperme la crisma...

No creo que nunca antes hubiera conducido el coche del modo que lo hice en esta ocasión. Sembré el pánico en las calles y me gané un millón de insultos. La mitad de los conductores de la ciudad debieron acordarse de mis antepasados, y no precisamente con un recuerdo piadoso.

Sólo aflojé la velocidad al llegar a las inmediaciones del instituto, donde estacioné y corrí por la acera pegado a las paredes.

Escruté los alrededores, y así descubrí al solitario individuo que fumaba impaciente en un coche oscuro.

Por el tubo de escape del coche brotaba una ligera neblina de humo. Tenía el motor en marcha, aunque era silencioso como un suspiro.

Me aproximé a él con cautela, por detrás. Abrí la portezuela de repente y cuando giró, llevándose la mano bajo la chaqueta, le di en la cara con el cañón del revólver.

Aún luchó por sacar un arma. Le golpeé otra vez y cayó de costado.

Le saqué del coche, paré el motor y me quedé con las llaves. Luego arrastré al bello durmiente hasta un macizo de plantas que delimitaba el jardín exterior del instituto.

Tras esto corrí hacia la entrada. Las puertas automáticas de cristal estaban abiertas de par *en* par. Me deslicé dentro y vi luz al fondo, allí donde estaban las oficinas.

Estaba a mitad del pasillo cuando oí la voz de un hombre hablando excitado por teléfono.

—¡Maldita sea, búscalo! —bramaba—. Tenemos aquí un rebaño de mujeres histéricas. ¿Qué diablos quieres que hagamos ahora? El

patrón no dijo nada de mujeres..., sólo reventar un poco esta choza.

Debió escuchar a su interlocutor, porque estuvo un rato callado. Asomé un ojo por la puerta y vi a los tres tipos. Dos vigilaban a las diez chicas acorraladas al fondo del despacho. El otro tenía un teléfono en la mano.

En aquel momento dijo:

—Muy bien, si lo quieres así. Pero esto va a levantar una polvareda...

Colgó, furioso.

Miró a las chicas y luego informó a sus compinches:

—Dice Maloney que encerremos a las nenas en una sala lejos de las oficinas y hagamos el resto como estaba previsto.

Lo pensaron un poco. Por lo visto no estaban muy seguros del resultado de su trabajo.

Finalmente, el que hablara por teléfono gruñó:

—Llevalas a cualquier sitio donde queden encerradas. Yo prepararé esto mientras tanto.

Me escabullí a la puerta vecina. Apenas me había deslizado dentro salió la columna de chicas escoltadas por los dos pistoleros.

Esperé que se alejaran y entonces salí. El fulano charlatán había abierto un portafolios y estaba manipulando en su interior.

No me vio hasta que ya estuve dentro del despacho.

Se quedó mirándome estupefacto. Luego, de pronto, le entraron unas prisas endemoniadas por acabar lo que tenía entre manos.

—¡Apártate de ahí o revientas!

—Reventaremos todos —farfulló.

Apreté el gatillo y la bala le tiró de espaldas. En dos saltos estuve junto a la mesa.

El portafolios contenía una bamba de relojería. No pude saber si él la había activado ya o no. Un frío de muerte empezó a culebrear por mi espalda.

Oí los pasos de los otros acercándose a la carrera. Me volví a tiempo y le envié una bala al primero que intentó entrar. Le oí gruñir de dolor, pero retrocedió por su pie.

Miré en torno. No había una maldita ventana por la que arrojar la bomba al jardín que rodeaba el edificio. Aquello era una hermosa ratonera.

Me pegué a la pared, junto a la puerta. Cuando intenté asomar

la nariz por poco no me la voló. El zumbido de la bala me calentó la piel.

Miré a la mesa. Me temblaban las piernas.

Retrocedí en silencio. Ignoraba dónde habían encerrado a las chicas. Tenía la esperanza de que fuera en la sala de tratamientos. Agarré el portafolios y lo cerré. En aquel silencio oí el leve palpar del mecanismo. Estaba funcionando y yo no entendía una maldita cosa de tales cacharros.

Me acerqué a la puerta con el maletín en la mano. Lo balanceé en el aire y luego lo arrojé hacia donde los dos gorilas bloqueaban el pasillo.

—¡El otro tipo lo activó antes de reventar! —Les advertí.

Oí un grito y carreras de pies que se alejaban a toda velocidad. Asomé la cabeza y nadie me la voló. El maletín estaba tirado sobre la moqueta.

Corrí hacia él y lo levanté. Eché a correr hacia la calle a tal velocidad que muy bien pude haber ganado la carrera del año.

Allá fuera todo estaba tranquilo, excepto junto al coche oscuro, donde los dos fugitivos intentaban ponerlo en marcha.

Les arrojé el maletín y yo me tiré de cabeza entre los arbustos.

Aún oí el histérico grito de alarma de uno de ellos.

Luego la noche estalló en una llamarada roja y el estampido retumbó como si el mundo fuera a venirse abajo. La onda expansiva barrió los arbustos y me hizo rodar a un lado. Las ramas se quedaron sin hojas y me arañaron la cara como si tuvieran algo personal contra mí. Quizá lo tuvieran.

El retumbar del estallido se apagó en mil ecos, pero entonces la gasolina del coche despanzurrado hizo su parte y una nueva llamarada se alzó rugiendo, iluminando con rojas luces y negras sombras todo alrededor.

No me preocupé de los pistoleros. Si estaban muertos ya no había nada que hacer por ellos, y si la bomba les había enviado a los eternos cazaderos ya se preocuparía la policía de recoger les pedacitos.

Regresé al interior del instituto en busca del rebaño de asustadas mujeres.

Ésa fue una buena idea, porque eran diez y se empeñaron en demostrarme su agradecimiento todas al mismo tiempo.

Así nos encontró la policía.

CAPÍTULO IX

—Cualquiera diría que se han perdido las vidas de unos ciudadanos ejemplares —protesté.

Boglio maldijo en voz alta.

—Tú y yo sabemos que eran una basura y que la ciudad quedará muy limpia sin ellos —replicó—, pero eso no evitará que se levante un escándalo por esas muertes. Ya se ocuparán los picapleitos de Fich de atizar el fuego.

—No lo hará si le atizamos nosotros a él. Dices que no han podido localizarlo para que acudiera a declarar...

—Es cierto. Cualquiera diría que se esfumó.

—Uno de esos dos hijos de perra que asaltaron el apartamento de June dijo que Fich debía reunirse con un abogado.

—¿Y qué?

—Consulta tus archivos. Reúne las direcciones de sus picapleitos de confianza y vamos a buscarlo allí. Pero a todas las señas a un tiempo mediante diversos grupos, así no habrá posibilidad de que cualquiera de ellos advierta a los demás.

Me miró con cierto respeto.

—Harry, debiste continuar en la policía —dijo—. Esa idea debiera haberseme ocurrido a mí.

—Hay otra cosa aún.

Miró impaciente a la febril actividad que había en torno al coche convertido en chatarra por la explosión, y a los enfermeros que ayudados por potentes reflectores rastreaban los contornos recogiendo lo que quedaba de los pistoleros hechos migas.

—Suéltalo —gruñó.

—Quiero ir contigo. O con cualquiera de los pelotones en esa caza.

—¿Por qué?

—Porque tengo la esperanza de que Fich pierda la cabeza y se resista.

Se dio vuelta en redondo, como si le hubiera mordido una serpiente.

—¡Espera un minuto! Si crees que te voy a permitir sembrar la ciudad de cadáveres, olvídalo. Hasta ahora te limitaste a defender tu pellejo y el de tus clientes, pero lo que sigue o cosa mía. ¿Entendido?

—Seguro, Pero quiero acompañarte.

Lo pensó un poco. Debió llegar a la conclusión de que podría tenerme más controlado a su lado que fuera de su vista y asintió.

—De acuerdo —bufó—. Pero como te vea sacar el revólver por tu cuenta te sacudiré tan fuerte que te lo comerás. ¿Está claro?

—Diáfano.

Me fui a las oficinas, donde June y las chicas parloteaban excitadas. Anderson estaba sentado detrás de su mesa, y el aspecto del pobre mariposón era lamentable.

—Quédense aquí hasta mi vuelta —ordené—. Habrá dos policías en la puerta para vigilar el gallinero, pero no les busquen complicaciones. Los dos son casados.

Hubo alguna que otra risita. Giselle me dedicó una disimulada mueca. Afroditia hubiera querido decir algo, pero lo pensó mejor y asintió.

—Te esperaré, Harry —fue todo lo que deslizó en un susurro.

Tranquilizado por ese lado fui a reunirme con Boglio, que estaba dando instrucciones por radio. Poco después rodábamos rumbo a la jefatura para buscar las direcciones de los espabilados picapleitos del reyezuelo del crimen.

* * *

Nuestro abogado se llamaba Harold Brown y vivía en una hermosa residencia de *Play Beach*.

Otros destacamentos de policía, con horarios sincronizados, se disponían a caer sobre los domicilios de otros cuatro abogados que trabajaban casi exclusivamente para Fich.

Boglio consultó su reloj. Habíamos parado el coche en una

esquina desde la que podíamos ver las luces de la casa, y los tres policías de paisano que nos acompañaban guardaban silencio, quizá un tanto nerviosos.

—Nos hemos adelantado —gruñó Boglio—. Faltan casi diez minutos...

—Habría que acercarse un poco más y reconocer los alrededores. Allí donde esté Fich estarán sus guardaespaldas.

—¿Te gustaría que te dejara ir solo a dar ese vistazo?

—Por lo menos, no me disgustaría.

—Claro. Te quedas aquí, hermano.

—Muy bien, contaremos chistes todo ese tiempo.

—Yo tengo uno la mar de divertido —soltó con una voz rara.

—¿Un chiste?

—Seguro. Es sobre un pobre fotógrafo casi descuartizado, y un cuchillero liquidado de un balazo.

Eso me interesó y agucé el oído.

—Sigue, pero procura que sea divertido —le animé.

—El pobre fotógrafo no era tan pobre como la gente pensaba. Había ingresado cien mil dólares en distintas cuentas de ahorro... en el espacio de dos meses. Además, guardaba una colección de fotografías capaces de sacarle el rubor a un elefante. Mis hombres se pusieron enfermos cuando las encontraron. En muchas de esas fotos aparecían personajes populares.

—¿Chantaje?

—Y a gran escala. Era un cerdo de la cabeza a los pies, y me parece que estoy insultando a los porcinos.

—Ya veo... ¿Había alguna fotografía de los personajes involucrados en este caso?

—Ninguna, ya pensé en eso.

—De modo que un chantajista de altos vuelos... Están empezando a brotar extrañas ideas en mi mente, compañero.

—No me sorprende. Tienes un cerebro retorcido como un sacacorchos. Bueno, en marcha, pasó el tiempo.

Nos apeamos todos del coche. Boglio dio las instrucciones pertinentes y dos de los detectives se desvanecieron en la noche para rodear la casa.

El otro nos adelantó desapareciendo en el jardín. Tras esto, el teniente y yo nos dirigimos recto a la puerta.

A nuestra llamada apareció una joven sirvienta que llevaba el prieto uniforme con la majestad de una reina.

Nos miró con evidente reproche, por atrevernos a turbar la paz del importante picapleitos. Boglio gruñó:

—Queremos ver a] señor Brown. ¿Sabe si tiene alguna visita?

—En estos momentos está ocupado, pero jamás recibe visitas aquí, en su domicilio.

—Ésta es una visita oficial —anunció el teniente.

Mostró su credencial y la sirvienta hizo una mueca. No se impresionó poco ni mucho.

—Esperen aquí —dijo.

Y nos dio con la puerta en las narices.

Boglio maldijo entre dientes.

Encendí un cigarrillo y paseé la mirada por el oscuro jardín. La chica tardó una eternidad en reaparecer. Esta vez nos franqueó el paso y sin ninguna amabilidad ordenó:

—Síganme.

Fuimos tras ella. Movía el trasero con la energía de una bailarina de abanicos y eso hizo más corto el trayecto hasta lo que parecía ser un estudio bien decorado.

—Esperen aquí —dijo como si se repitiera a sí misma.

Salió y cerró la puerta.

—No la impresionaste —cementé.

—Está bien amaestrada. La servidumbre ideal para un tipo marrullero como su patrón.

Fui hacia la puerta y la abrí menos de una pulgada. Estuve espiando por la rendija, y escuchando los rumores de la gran casa.

Boglio inició una protesta, pero calló antes de terminarla.

Empezaba a aburrirme cuando vi una montaña cruzar el pasillo y subir los primeros peldaños de una escalera que había al fondo. En un segundo hubo desaparecido.

Cerré la puerta y dije con voz queda:

—Fich está aquí, Boglio.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de ver su guardaespaldas predilecto. Ha subido al piso.

—¿Estás seguro?

—¿No voy a estarlo? Es el mismo orangután que acogoté en el instituto de Afrodita.

—Vaya, vaya... podemos presumir que el gran hombre está también arriba.

En ese momento se abrió la puerta y entró el abogado.

Era un individuo alto, delgado, distinguido, y altanero como el mismísimo Lucifer. Nos dirigió una mirada furibunda antes de hablar.

—Espero que tengan una buena razón para venir a importunar a una hora tan intempestiva como ésta. Y quiero ver sus chapas antes de nada.

Boglio se adelantó y le colocó la suya delante de la nariz.

—Puede masticarla si quiere —chirrió—. Queremos ver a su amigo Fich.

—¿Aquí?

—Y ahora.

—Están locos, no me cabe ninguna duda.

—Pudiera ser. Lo consultaré con los psiquiatras de la policía. Ahora llame a Fich y acabemos.

Tragó aire echando chispas. Sus ojos fulguraban peligrosamente.

—Teniente —dijo dominándose a duras penas—, les concedo un minuto para salir de aquí. Y si se les ocurre volver, que sea con un mandato judicial para este allanamiento, de lo contrario pondré una demanda ante el Gran Jurado.

—Traigo un hermoso mandato judicial, señor Brown. Con él en la mano puedo registrar la casa desde los cimientos hasta el tejado. Y traigo otro mandamiento de detención contra su amigo Fich.

Sacó ambos documentos del bolsillo y casi le azotó la cara a Brown con ellos.

El abogado ni los tocó. Estaba rojo de ira.

—Registren —barbotó—. Pero llegaré a donde sea preciso para...

—¿Sabe una cosa? Creo que empezaremos a registrar por la planta superior.

Ahí le dolió.

Yo dije:

—Será mejor que advierta a ese gorila que cuida de la salud de Fich que no haga tonterías, porque nos obligaría a disparar. ¿Lo ha comprendido, «señor» Brown?

—No comprendo... estos métodos inquisitoriales. Pagarán por

tales amenazas.

—Está repitiéndose. ¿Nos guía a la planta superior, o prefiere quedarse aquí y esperar los acontecimientos?

—Vigilaré cada uno de sus movimientos.

—Entonces, adelante.

Llegábamos a la puerta, cuando en alguna parte del exterior sonó un grito de advertencia. Tras el grito una pistola retumbó y casi en el acto otra le devolvió los saludos. Estuve seguro que esa segunda arma era la de un policía, porque disparó a un ritmo endiablado, y los polizontes suelen practicar el tiro.

Brown se quedó lívido. Boglio hundió la mano en la axila y gruñó:

—Alguien trata de escapar... Vigílale, Harry.

Echó a correr hacia las escaleras. Yo ya tenía el 38 en la mano y comenté:

—Amigo picapleitos, me parece que su cliente ha perdido la chaveta...

Vi a Boglio llegar casi a las escaleras, y en el mismo instante aquella montaña que respondía al nombre de Randy apareció dando saltos. El teniente gritó aleo y de la manaza de Randy brotó un relámpago y un trueno. Boglio giró sobre sí mismo, aullando, y rodó por la alfombra.

Sentí que una furia sorda se apoderaba de todos mis sentidos. Le sacudí un tremendo culatazo al abogado y comencé a tirar del gatillo como un loco.

Al fondo del pasillo, Randy inició una extraña danza, manoteando, girando, encorvándose o irguiéndose según donde le golpeaban los plomos.

Cuando se desplomó llevaba en el corpachón las seis balas de mi 38. Ni un elefante hubiera vivido con tanto plomo en las entrañas.

Corrí al tiempo que recargaba el revólver. Boglio maldecía a gritos, retorciéndose de dolor.

—¡Quieto ahí! —dije—. ¡Llamaré al hospital ahora mismo!

La sangre le inundaba la camisa. Comprendí que estaba muy mal sin necesidad de ver la herida.

—Estate quieto —dije—, o te sacudo en la cresta.

—¿Lo has... tumbado?

—Ya puedes jurarlo.

Alguien aporreó la puerta. La abrí y uno de los detectives entró a saltos, con el revólver de reglamento en la mano.

Vio al teniente y luego miró al gigante derrumbado.

—Busque un teléfono y llame al hospital, que envíen una ambulancia. Dése prisa.

Asintió, pero aún dijo:

—Alguien nos disparó desde el piso alto. Replicamos al fuego y se ocultó. Tenga cuidado.

—Como no fuera ese angelito, se trata del mismísimo Fich... Ocúpese del teléfono y del teniente.

Me lancé escaleras arriba. Apenas asomé la cabeza en el rellano hubo un estampido y un plomo pasó zumbando junto a mi oreja. Y les aseguro que fue una música muy desagradable.

Me tiré al suelo y rodé sobre mí mismo con el ánimo de llegar a una puerta entornada. Otra bala abrió un surco en el *parquet* del suelo levantando astillas.

Hice un disparo, sólo para que el tirador oculto perdiera la tranquilidad. Tras esto golpeé la puerta con la cabeza y me encontré dentro de una habitación a oscuras.

Me pegué al lado de la puerta. Oí unos pasos rápidos que se alejaban por el pasillo y asomé un ojo. Una silueta enclenque corría al fondo, hacia el recodo.

—¡Párate ahí, Fich! —grité.

Se volvió y disparó a tontas y a locas. La bala pasó a una milla de mí. Le devolví el saludo y la mía le empujó dando tumbos. Así llegó al recodo y desapareció.

Fui tras él rabiando. Más allá del recodo había unas escaleras estrechas y Fich me llevaba una buena ventaja, a pesar de sostenerse con dificultad sobre las piernas.

Disparé dos veces hacia abajo. El se pegó a la pared y desapareció de mi vista.

Miré en torno, porque si había algo que yo no deseaba era convertirme en un héroe muerto.

En el pasillo había un enorme tiesto con una hermosa planta de interior. Lo agarré, arranqué la planta y lo hice rodar hasta las escaleras, donde lo lancé abajo.

Armó un estrépito endiablado saltando los peldaños.

Por un fugaz instante vi el rostro contraído de Fich que se

asomaba tratando de averiguar qué era lo que se le venía encima. Me vio y se ocultó al tiempo que yo disparaba.

Luego el gran tiesto cumplió como los buenos. Sonó un agudo grito, un tremendo golpe y tiesto y Fich emprendieron una competición a ver quién llegaba antes al final de las escaleras.

Lo malo para el hombrecillo fue que ganó el tiesto, y para ello hubo de adelantarle, claro. Lo hizo pasándole por encima y arrastrándole un buen trecho, antes de dejarle atrás como un guiñapo.

Cuando aquel bólido llegó al fondo, sonó un estampido semejante a un cañonazo. El tiesto se hizo migas y parte de un tabique se hundió con el impacto.

Bajé sin ninguna prisa, temiendo lo que iba a encontrar.

Y lo encontré. El tiesto se había pasado de rosca y lo que quedaba de la cabeza de Fich hizo que me volviera en redondo y empezara a vomitar.

CAPÍTULO X

Tendido en la cama, Boglio dio una mala mirada a la enfermera de cara de caballo que ajustaba las ropas.

—Tienes buen aspecto —comenté.

Ladeó la cabeza y no pareció feliz de verme.

—Tú y tus grandes ideas... ¿Has matado a alguien más últimamente?

—Pensé pegarle dos tiros al fiscal, pero desistí de la idea. Hubiérase dicho que yo era el enemigo público número uno, a juzgar por la manera como me interrogó.

—Me dijeron que el gigante tenía seis plomos en el cuerpo...

—Es cierto.

—Toda la carga de tu revólver, ¿eh?

—Seguro. Seis cartuchos, seis balas.

—¿Por qué perdiste la chaveta tú también, porque me viste tirado en el piso?

—No lo sé. De cualquier modo, Randy me caía gordo.

—Harry, eres un idiota sentimental, lo creas o no.

—Eso mismo dice una chica que...

—No me cuentes tu vida lujuriosa. ¿A qué has venido?

—¡Cuernos! A verte, ¿a qué si no?

Suspiró.

Hacía sólo unas horas que había salido del quirófano y se recobraba muy bien.

—Pensé traerte un ramo de flores y todo —dije.

—Puedes comértelas.

No era cierto que tuviera buen aspecto. Estaba lívido y sus ojos aparecían hundidos en la cara, rodeados de sombras oscuras.

—¿Duele? —me interesé.

—Como el infierno. Bueno, ilústrame. ¿Qué novedades traes?

—Ninguna. Eres el héroe del momento, pero eso ya lo sabes.

Se volvió hacia la enfermera.

—¿Quiere dejar mi cama en paz? Oiga, tengo una idea, preciosa. ¿Por qué no se va al cine?

Ella resopló y su cara se hizo más caballuna si cabe. Pero giró sobre los pies y nos dejó solos.

Boglio suspiró.

—No soporto que me traten como a un inválido... ¿Qué estabas diciendo?

—Nada.

—Pues dilo. ¿Qué hay de Brown?

—El fiscal ha presentado una acusación contra él. Está intentando que lo expulsen de la profesión. Le acusa de conspiración contra las vidas de unos agentes de la ley en acto de servicio o algo así.

—Me parece bien. Y tú te saliste con la tuya al liquidar a Fich, hijo de perra. Eres un maldito matarife.

Me encogí de hombros.

—Apuesto que la mitad del país respira más libre hoy.

—¿Por qué perdería la chaveta de aquel modo?

—No lo sé. Posiblemente le habían informado ya que sus hombres acababan de fracasar en todos sus asaltos, y que posiblemente alguno había cantado. Quizá pensó que teníamos pruebas... Nunca lo sabremos.

Charlamos un poco más y al fin dije:

—Se acabó el tiempo. Volveré a verte cuando regrese.

—¿Adónde vas?

—A San Francisco.

Casi se incorporó a causa de la sorpresa, pero el dolor *le* aplastó contra la cama. No pudo contener un quejido y luego farfulló:

—¿Qué vas a buscar allí?

—Te lo diré cuando vuelva. ¿Necesitas algo?

—Sí, que te largues. Me das dolor de cabeza.

Le dejé rezongando, y tal como le dijera, una hora más tarde abordaba un avión con rumbo a San Francisco.

Regresé esa misma tarde, con el tiempo justo de llegar al instituto de Afrodita antes que cerrasen.

Giselle me obsequió con una gran sonrisa cuando entré.

Metida en aquella condenada malla era lo más hermoso que yo había visto en todo el día.

Miró en torno con aire de conspiración y susurró:

—Las chicas están locas por ti, Harry.

—Ésa es una gran noticia. Habré de elegir las por orden alfabético o la cosa será un desorden.

—Mi alfabeto empieza en la G.

—Puedo leer tu alfabeto sólo mirándote de arriba abajo. Tengo la sensación de que esa cosa negra que llevas ha encogido desde la última vez que te vi.

Respiró hondo y la cosa negra se hinchó escandalosamente. Casi me tiró de espaldas.

Para huir de la tentación dije:

—¿Quién hay en la oficina?

—Toda la plana mayor. Afrodita y el inefable Anderson.

—Te veré luego.

Miré un instante a la calle. Un coche de la policía llegaba en ese momento, parándose delante de la entrada.

Caminé por el pasillo hacia la oficina impresionante. Llamé con los nudillos y empujé la puerta.

Los dos se volvieron a mirarme. Anderson con sus ojos sombreados y largas pestañas. Afrodita con su mirada azul y su sonrisa de diosa pagana.

—¡Caray, Harry! —exclamó—. Creí que nos habías olvidado.

—No podía. ¿Olvidas que aún no cobré mi cuenta?

Anderson rió bajito.

—Tengo un cheque a su nombre —anunció—. Espero que sea satisfactorio.

Lo empujó a través de la mesa. Le di un vistazo y por poco no se me erizó el cabello.

—¿Está seguro que es esa cantidad la que quiere pagarme, Anderson?

—Completamente seguro.

Afrodita susurró:

—Yo tengo también una cuenta pendiente contigo, Harry.

—Ésa no podrás liquidarla con un cheque.

Anderson tosió discretamente y se levantó.

—Iré a...

Le hice una seña.

—Quédese —dije guardándome el cheque—. Hay algo que debe saber.

Volvió a sentarse poco a poco, intrigado.

—¿De qué se trata? —inquirió.

—Imagino que nadie podría someterle a chantaje, ¿no es cierto, Anderson?

Abanicó las pestañas.

—No comprendo...

—Quiero decir que nadie podría someterlo a chantaje aprovechándose de su... este... condición sexual.

Dejó escapar una risita. En ese terreno se sentía seguro.

—No veo cómo —replicó—. Nunca lo oculté. A nadie.

—¿Y a ti, June?

Ella también parpadeó al mirarme.

—Quisiera saber de qué estás hablando —dijo.

—La cosa viene de ese fotógrafo muerto. Era un chantajista. Su principal fuente de ingresos eran las fotografías comprometidas...

—¿Fields, Dudley Fields? —se asombró Anderson.

—Ajá, el mismo.

Afroditá sacudió su dorada melena.

—Te aseguro que por muchas fotografías comprometedoras que pudiera tener, conmigo de protagonista, no me habría sacado un centavo. A nadie le importa lo que yo haga de mi vida privada. Pero sigo sin entender a dónde quieres llegar.

—A dos asesinatos.

June dirigió una mirada a Anderson, como preguntándole si él entendía algo.

Añadí:

—Siempre di por sentado que la muerte del fotógrafo no había sido obra de la gente de Fich. Alguien contrató a un miserable, degenerado por las drogas. Luego, cuando el cuchillero creía que iba a cobrar el precio convenido, recibió un tiro por recompensa. Y después apareció muerta tu encargada de San Diego, una mujer que había estado en la cárcel, que en San Francisco la tenían fichada y

donde guardaban un prontuario de ella tan largo como mi brazo.

—¡Pero ése sí fue un crimen de Fich! Tú mismo dijiste que era obra de un pistolero.

—Lo pensé durante un tiempo, preciosa, pero estaba equivocado. A Betty Reeles la mataste tú, como también fuiste tú quien pagó al cuchillero con una bala.

Perdió hasta el último asomo de color. Algo turbio empezó a burbujear en sus pupilas.

Anderson se había quedado con la boca abierta, incapaz de hablar.

Ella balbuceó:

—¡Harry! ¿Te has vuelto loco?

—Lo siento, June. ¡Condenación! Lo siento más que nada en este mundo. Pero debo decirte que acabo de llegar de San Francisco. Una vez sobre el sendero fue fácil encontrar la pista.

Vaciló sobre sus pies y empezó a temblar.

Anderson boqueó:

—¿Qué cosa horrible está insinuando, Clark?

—Betty Reeles conoció a June en la cárcel, hace unos seis años. Claro que entonces June no se llamaba así... Su nombre era Sally Frank. Cumplió condena por estafa y extorsión, y se sospechó de ella como cómplice de un asesinato, aunque eso no pudieron probárselo.

Anderson se ahogaba.

—June... —jadeó como si estuviera a punto de echarse a llorar —. Dile que no es cierto..., que está equivocado. ¡Díselo o me volveré loco!

—No puede negarlo —añadí notando un doloroso desgarrón en mis entrañas—. Betty Reeles la reconoció hace unos meses y la presionó para que le diera un buen trabajo. Un trabajo pagado a precio de oro. ¿No fue así como te obligó a contratarla, June?

—No..., no sabes de qué estás hablando...

—Es inútil, y Dios sabe que lo siento. Te envolvieron en una malla imposible de romper, como no fuera mediante el crimen. Porque la Reeles buscó el apoyo de un hombre para estar segura. Te conocía bien y te temía. El hombre elegido fue el fotógrafo, con el que ya estuvo asociada años atrás en San Francisco. Si hacían público tu pasado, adornándolo un poco con tintes sombríos, tu

negocio estaba acabado, porque ninguna dama de la buena sociedad volvería a pisar ninguno de tus institutos.

Anderson gimió.

Yo desvié la mirada y terminé:

—Por eso los mataste.

Di media vuelta y fui hacia la puerta. Ella reaccionó con un grito:

—¡Espera, Harry!

Abrí la puerta. Los dos policías entraron un poco cohibidos. Señalé a la dorada sombra de muerte y sólo dije:

—Llévensela.

Oí cómo estallaba en sollozos mientras me alejaba por el pasillo. Tuve la esperanza de que ningún jurado masculino la condenara demasiado severamente.

Giselle se había vestido con las prendas de calle.

Me vio y frunció el ceño.

—¿Qué te pasa? Tienes cara de funeral, Harry.

—Acabo de organizar precisamente uno... Necesito un trago.

—¿En tu apartamento?

—Creí que volverías a las andadas con el bar de la esquina.

—Ya no.

Salimos y la llevé conmigo. ¡Qué diablos! Yo necesitaba un poco de consuelo después del mal trago pasado.

Y lo obtuve a grandes dosis.

Si alguien no es capaz de alcanzar las cimas de la felicidad con una chica como Giselle es mejor que se haga examinar la cabeza por un buen psiquiatra.

Y quizá debería hacerse examinar su producción de hormonas, porque seguramente son las que le fallan...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.
- Milly Benton.

- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.